
SITIO Y CONQUISTA DE MANILA

POR LOS INGLESES EN 1762

MARQUÉS DE AYERBE



SITIO

Y

CONQUISTA DE MANILA

POR

LOS INGLESES EN 1762



ZARAGOZA

IMPRENTA DE RAMÓN MIEDES

19—Plaza de Santa Marta—19

1897

PRÓLOGO

Todo lo que se relaciona con la historia de nuestras colonias tiene en estos momentos tal oportunidad, que por ello me he decidido á hacer el estudio que constituye esta monografía histórica.

De este estudio se desprende en primer término la falta de plan que siempre hemos tenido en nuestras colonias, á pesar de haberse dictado para ellas las leyes más sabias y previsoras, reconocidas como tales por propios y extraños.

Sin el completo abandono en que se han dejado aquellos vastos territorios, particularmente el archipiélago filipino,

ellos hubieran sido la solución de todos nuestros conflictos económicos.

Este abandono dió por resultado el principal episodio que constituye esta monografía.

Se ve cómo entonces los ingleses se valieron del elemento indígena, precisamente en esa provincia de Cavite que ha sido necesario reconquistar ahora palmo á palmo. Se nota cómo ya se hicieron predicaciones en aquella fecha á nombre de la libertad, en contra de los españoles, por los mismos indígenas precursores del «Katipunán» actual, y el afán de abandonar al elemento teocrático exclusivamente aquella colonia que nos trajo la desdichada aunque interina dirección del Arzobispo Sr. Rojo; y esa misma falta de fuerzas que ahora puso en peligro nuestra dominación, si no hubiera sido por el patriotismo de los españoles, es una poderosa enseñanza que debe hacer comprender la necesidad absoluta de mudar de rumbo en la dirección de aquella importantísima colonia.

Siempre debió preocupar á España la conveniencia de seguir el impu!so que otros países han llevado á sus posesiones del extremo Oriente; hoy mucho más, cuando allí se levanta un imperio poderoso é ilustrado, que tanta influencia ha de tener en el porvenir de tan lejanas tierras.

Todas estas circunstancias son motivo bastante para llamar la atención de los gobiernos si se han de evitar sucesos tristes para nuestra patria, que al sacrificar sus hijos y consumir sus tesoros, debe buscar en las desdichas pasadas y presentes saludables enseñanzas para lo futuro.

Con el objeto de aportar la mayor cantidad de detalles que demuestren la exactitud de los hechos, algunos no publicados, y comprendiendo el interés que por las circunstancias particulares en que hoy nos encontramos, como se ha dicho, ha de despertar todo cuanto se relacione con la administración y gobierno de las Islas Filipinas, no he omitido ninguna

diligencia en la publicación de esta monografía.

Al efecto he consultado las historias de Filipinas del P. Fray Joaquín Martínez de Zúñiga, la de los PP. Dominicos de las mismas, varios manuscritos de la época, algunos en defensa de la conducta del Arzobispo-Gobernador, los otros en su contra, y sobre todo, el más importante á mi juicio, existente en mi archivo, debido al ilustrado oficial de la armada española D. Alfonso Rodríguez de Ovalle, quien fué á bordo de la fragata „Santa Rosa“ con los pliegos del real servicio en que se notificaba á las autoridades españolas de Manila el tratado de paz y se daban las instrucciones para la evacuación de la plaza por las tropas inglesas.

Este distinguido oficial hizo una relación en forma de diario que remitió al marqués de Cruillas, uno de mis antepasados, acompañado de estudios y planos, y de ese diario he tomado los datos que faltaban, tanto en los textos mencionados como en varias historias de España, de

Inglaterra y en anales de aquella época. Véase la exposición que dicho Sr. Ovalle hizo al referido marqués de Cruillas, cuyo original conservo:

«Excmo. Sr.:

»Habiendo mandado S. M. por una Real Orden de 29 de Junio de 1763 remitiese V. E. con persona de su satisfacción los pliegos del real servicio para la evacuación de la plaza en virtud de los últimos tratados de paz, se sirvió V. E. hacerme el honor de conferirme este cargo por decreto de 2 de Diciembre de dicho año, en cuya atención pasé al puerto de Acapulco y me embarqué en la fragata «Santa Rosa», que para este fin se hallaba destinada, y habiéndose hecho á la vela el 23 de dicho mes, di fondo en las Islas Marianas el día 18 de Febrero de 1764. El 2 de Marzo siguiente se avistó el Cabo del Espíritu Santo, y el 15 del mismo ancló en la bahía de Manila con 83 días en toda la navegación.

»El día 16 entregué los referidos pliegos de S. M. al Oidor D. Simón de Anda

y Salazar, quien se hallaba en la provincia de La Pampangá, doce leguas distante de la plaza, reconocido por gobernador y capitán general de las Islas Filipinas, y como tal defendiendo el partido de España con la tropa que había levantado después de haber tomado á Manila por asalto los ingleses.

»El día 25 de Julio de dicho año recibí los pliegos y demás documentos del real servicio que me entregó el nuevo gobernador interino, el coronel D. Francisco Xavier de la Torre, y el 27 me embarqué en el puerto de Cavite en la nominada fragata, la que inmediatamente se levó para el referido Acapulco, á donde arribé con felicidad.

»En todo el tiempo que me mantuve en Manila procuré con la mayor atención hacer una relación en forma de diario de todos los hechos y casos más principales que han acaecido desde que los ingleses fueron á su conquista hasta que se retiraron, arreglado á varias instrucciones que me suministraron para su intento y

á la verdad de las personas más fidedignas, así de la plaza como de algunas de sus provincias, y asimismo lo que observé desde mi llegada hasta que se hicieron á la ve'a los ingleses.

«Para la mayor inteligencia, hago primero presente por un estado general el número de navíos de que se componía la escuadra inglesa con su gente de mar y tierra y el en que se hallaba la plaza antes de haberla asaltado, con distinción de la artillería y varios pertrechos que existían, y lo últimamente entregado por los ingleses, que con sus respectivas faltas y otras advertencias reconocerá V. E. en dicho estado general.

«Asimismo, por medio de un mapa ó bosquejo, vendrá V. E. en conocimiento de la parte por donde los ingleses hicieron el desembarco, sitios y lugares en que acamparon y el principio en que plantaron la batería para abrir la brecha.

«Este pequeño trabajo, Señor, que he practicado deseoso de desempeñar la confianza que V. E. se dignó conferirme por

ceder en servicio de S. M. pongo en sus manos para que V. E. se sirva aprobarlo, que es el principal fin á que se dirige.

»Dios guarde á V. E. muchos años para amparo de este su más fiel y leal criado.

»México.

»Excmo. Sr:

»A los pies de V. E.

»Alfonso Rodríguez de Ovalle.

»Excmo. Sr. Marqués de Cruillas.»

I

William Pitt, de alma elevada, de carácter firme, de talento vasto, de fogosa elocuencia, como lo juzga el primero de nuestros historiadores modernos (1), hijo de un simple hidalgo, comenzó su carrera en la administración del Estado con una gran reputación de probidad. Rival constante de Enrique Fox (Lord Holland), figuraba en el Parlamento á la cabeza de sus adversarios, siendo favorecido por la opinión pública, que influyó para que se pusiera al frente de los negocios públicos, ocupando la Secreta-

- (1) César Cantú.

ría de Estado el día en que Fox se retiró de ella y aceptó como lenitivo un puesto subalterno pero lucrativo.

Dotado Pitt de las cualidades expresadas y de un odio grande á los franceses, supo granjearse la voluntad del rey Jorge III sin someterse á él, y aun casi al revés, llevándole la contraria y sirviendo con esto más al país que el monarca. Supo infundir en la nación ardor intrépido, patriotismo vigoroso é instinto de prevaler sobre la codicia borbónica.

El Rey no tenía mucha penetración para los negocios de Estado, que casi desconocía, pero su carácter era firme y estaba provisto de sentimientos de picardad y moral, condiciones que con frecuencia suplen al mérito.

Hasta esta época los *tories* se habían mantenido alejados del trono á pesar de ser sus naturales sostenedores, pero siguiendo el sistema de Bolingbroke y sus amigos, ayudados por el Rey, quisieron quitar importancia á la Cámara de los Comunes, sin tener presente que los de-

rechos nacionales eran inalterables, y aumentar las prerrogativas regias. Partidario de estas ideas el conde de Bute, inexperto político, se captó la confianza del Rey, amenguando por lo tanto la que en Pitt tenía, pero éste, á pesar de todo, continuó en el ministerio por seguir su plan de conquista y por su afición á la guerra, de la que tan buenos resultados había obtenido en América, India y Alemania. En aquel momento preocupaban grandemente á Pitt todos los manejos é intrigas llevados á cabo por las cortes de España y Francia, que más tarde dieron por resultado el célebre Pacto de Familia, hasta el punto de querer mandar una escuadra á las costas de esta última, declarándole la guerra (1), tomando la ofensiva, apoderarse de los caudales procedentes de América, y atacar por sorpresa sus posesiones de Ultramar antes que las potencias signatarias del tratado pudiesen reunir en su defensa todas

(1) Goldsmith's. History of England.

sus fuerzas marítimas; pero encontró gran oposición, tanto en el Rey como en el conde de Bute. Entonces se decidió á presentar su dimisión para figurar en el campo más libre de la oposición, á la cual dió mayor robustez con la misma firmeza que había puesto en contrarrestar las torpes intrigas de la corte. El Rey, que conocía todo su valer y personalmente sentía su separación de los negocios públicos, para probarle su cariño y amistad y para demostrarle que reconocía sus eminentes servicios, creó á su mujer baronesa de Chathan (1).

El triunfo más grande de su vida política lo obtuvo á la salida del poder, lo cual compensó la desgracia de su caída; porque Pitt, como hemos indicado, con la resolución y viveza propias de su genio, había traslucido el convenio secreto entre los gabinetes de Versalles y Madrid, considerando que había en él principios de hostilidad, y esto se vió con-

(1) Goldsmith's. History of England.

firmado pronto, pues el poco secreto con que se llevaron á cabo los preparativos por el gobierno francés, no sabemos si por astucia ó por el carácter propio de este país, mostró muy pronto á los ministros ingleses la alta previsión de Pitt, y los sacó del error en que ellos estaban; de modo que tuvieron necesidad de seguir la misma política del ministro caído. Así se engrandeció éste en la oposición, acreditándose de previsor y de perspicaz, pues además Carlos III de España, que en principio odiaba á los ingleses por haber atacado su reino de Nápoles, comenzó las hostilidades y fué preciso á Inglaterra declarar la guerra á Francia y España.

Por desgracia, nuestra nación había abandonado la política conciliadora de Fernando VI, arrastrada por el egoísmo de Francia, y lanzaba el guante á Inglaterra con el malhadado y funesto Pacto de Familia, firmado en Versalles el 25 de Agosto de 1761.

No hemos de ocuparnos ni nos propo-

nemos tratar de este hecho histórico, y tampoco hemos de negar por las razones expresadas que el deseo de Pitt fuera romper con los Borbones. Era imposible, en el estado á que habían llegado las cosas, prometerse avenencia entre las cortes de París y Londres, dice un historiador español, por más que uno y otro gabinete se hicieran todavía proposiciones y se dieran respuestas, aparentando querer entenderse. El gobierno español aún se mostraba pacífico, pero el Rey se conoce que estaba resuelto á todo, cuando decía con cierta arrogancia á su antiguo ministro y confidente Tanucci: «Si Pitt quiere romper, que rompa» (1). El Rey se dejó llevar de sus propias ideas cuando le faltó á su lado la influencia de la prudente reina Amalia, que secundaba las gestiones del embajador español en Londres, conde de Fuentes, sobre usurpaciones y agravios de los ingleses, y no alcanzó á prever el rompimiento que con sus respuestas, mu-

(1) Zamora y Caballero

chas veces dilatorias, preparaba el ministro Pitt.

Pero con la muerte de aquella Reina faltó quien neutralizara los esfuerzos del ministro francés Choiseul y del embajador Ossum, que ayudaron á Carlos III á deslizarse por semejante pendiente, empezando por nombrar embajador á Grimaldi, precisamente porque favoreciese su política, y deponiendo á los antiguos consejeros que se oponían abiertamente á una ruptura con Inglaterra.

A pesar de que en el Pacto de Familia se daba por excluida del tratado toda potencia que no fuera de la casa de Borbón, no por eso dejaron los monarcas español y francés de tratar de comprometer en su causa al de Portugal, alegando el parentesco que por la Reina le unía á España.

El gobierno portugués contestó al nuestro que se ofrecía, dadas sus buenas relaciones con el de Inglaterra, á servir de mediador; pero que lo más á que podía acceder era á guardar la más rigu-

rosa neutralidad. Entonces el Rey de España, tomando por pretexto haber cañoneado una escuadra inglesa á la francesa en aguas portuguesas, resolvió mandar tropas á la frontera lusitana con orden de tratar á los portugueses como éstos los trataran, lo cual equivalía á una declaración de guerra, por lo cual las tropas españolas invadieron las provincias de Tras os Montes y de Entre Duero y Miño, hasta llegar á Oporto.

Así quedó la guerra declarada entre Inglaterra unida con Portugal, contra Francia y España.

Formado el nuevo ministerio por Pitt, se temió en Madrid que la Isla de Cuba, así como Filipinas, habían de ser objeto preferente de la codicia y operaciones hostiles de los ingleses. Por eso se cuidó de enviar de gobernador de Cuba al mariscal de campo D. Juan de Prado, de dotar á la Habana de una guarnición de cuatro mil hombres de buenas tropas, de aumentar y perfeccionar fortificaciones, y de que una escuadra de doce navíos y

cuatro fragatas, al mando del marqués del Real Transporte, se estableciera allí para la protección y defensa del puerto (1).

No se hizo lo mismo con Filipinas. Fuera por causa de la distancia, fuera por falta de medios, allí, como se verá más adelante, eran totalmente desconocidos estos sucesos que agitaban la Europa.

Nuestros grandes triunfos en Portugal, como la toma de Almeida con ochenta y tres cañones, nueve morteros, setecientos quintales de pólvora y dos almacenes de provisiones de boca y guerra, celebrados en Madrid con grandes regocijos, no compensaron con sus ventajas los desastres experimentados en otra parte, desastres que la Francia compartía con nosotros en las posesiones del Nuevo Mundo, aparte de las que ella sufría en Europa.

El almirante Rodney se apoderaba de la Martinica, de la Isla de Granada, de Santa Lucía, San Vicente y Tabago.

(1) Zamora y Caballero.

El almirante Pocok se presentaba delante de la Habana, que después de un asedio de dos meses y diez días, caía en poder de los ingleses, apoderándose á la vez éstos de quince millones de duros, de nueve navíos de línea, tres fragatas, de una inmensa cantidad de municiones y de aprestos navales: en una palabra, del resto de toda la armada española que había sido enviada á aquel puerto.

A poco de esta desgracia, cayó también Manila en poder de los ingleses, acometida por el general Draper, defendida en lo posible por el Arzobispo D. Manuel Antonio Rojo, que interinamente gobernaba Filipinas, quien tuvo que capitular con el general inglés mediante el ofrecimiento del pago de cuatro millones de pesos.

De algún consuelo serviría al Rey en medio de tantos desastres el testimonio de adhesión que le dió la nobleza de Aragón en la siguiente exposición que le fué dirigida (1):

(1) Zamora y Caballero.

«Señor: la nobleza de vuestros reinos de la corona de Aragón suplica á V. M. confíe á su celo la defensa de sus costas. No nos parezca demasiada presunción desafiar á toda la potencia inglesa, que con escritos públicos injuriosos y picantes tiene la osadía de ultrajar á los valerosos habitantes de la España....»

«Suplicamos á V. M. acepte la mitad de nuestras fuerzas para llevar la guerra al país de los enemigos en lugar de esperarla en nuestras casas, bastándonos la otra mitad para defensa de nuestras plazas, si tienen la temeridad de acercarse á ellas. Nos es indiferente el lugar que V. M. quiera señalarnos; y por lo que hace al sueldo, absolutamente lo rechazamos. Los que no aspiran á otra cosa que á lograr un derecho incontrastable á la dignidad de hombres ilustres, no buscan galardón ó recompensa, sino ocasión para poder manifestar su valor, y su amor á la patria, etc., etc.»

La única compensación material obtenida por España en esta guerra marítima

fué haber tomado á los portugueses por el capitán general de Buenos Aires don Pedro Ceballos, la colonia del Sacramento, que se rindió con cerca de dos mil quinientos soldados, apresando á la vez ciento dieciocho cañones y veintiseis buques ingleses con ricos cargamentos, valuado todo en cuatro millones de libras esterlinas.

En todas las potencias, y más en las beligerantes, se hacia sentir la necesidad de la paz (1).

Con motivo de la renuncia de Pitt y de Newcastle, quedó Bute sin rival en el Consejo y empezó á intentar tratos con la Francia. Al efecto pasó á París el duque de Bedford y á Londres el de Nivernois. Las dos cortes de la familia de Borbón siguieron en sus tratos con la Gran Bretaña, y hubo algunas transacciones, llegando á ponerse de acuerdo en los preliminares de la paz el 3 de Noviembre de 1762.

(1) Zamora y Caballero.

El tratado definitivo fué firmado en París el 10 de Febrero del siguiente año. Por él cedía Francia á Inglaterra la Nueva Escocia y el Canadá con el país al Este del Misisipí y el Cabo Bretón, conservando sólo el privilegio de pesca en el banco de Terranova; en las Indias Occidentales cedía la Dominica, San Vicente y Tabago; en las costas del Africa el río Senegal.

Respecto á España, Inglaterra le devolvía la Habana y todo lo conquistado en la Isla de Cuba; pero en cambio España le cedía la Florida y los territorios al Este y Sudoeste del Misisipí, abandonándole el derecho de pesca en Terranova, y daba á los ingleses el de la costa del Palotinto en Honduras. Como compensación por la pérdida de la Florida, logró España de Francia, por arreglo particular, lo que le quedaba de la Luisiana; pero antes de tomar posesión, ésta se declaró independiente (1). Manila se

(1) César Cantó.

devolvió también á España y la colonia del Sacramento á Portugal.

Ninguna de estas devoluciones pudo hacerse sin repugnancia por parte de los conquistadores, y fueron causa de contestaciones que hicieron temer un nuevo rompimiento.

El rescate de Manila fué el que dió lugar á más cuestiones, pues el gobierno inglés reclamaba los cuatro millones de duros, de que ya hemos hablado, dos en metálico y dos en letras giradas sobre el tesoro español, que el Arzobispo-Gobernador de aquella plaza se había obligado á pagar al tiempo de la rendición por evitar un saqueo. Respondió á esto Grimaldi que el saqueo no pasaba de ser un abuso, y que el ofrecimiento de aquella cantidad había sido arrancado por la violencia (1).

Expuestos á grandes rasgos los desastres ocasionados á España por cumplir el Pacto de Familia, circunscri-

(1) Zamora y Caballero.

biremos nuestra atención á la toma de Manila por las tropas inglesas, objeto preferente de esta monografía histórica. Recordemos lo antes manifestado, ó sea el desacuerdo en que se colocó el ministro Pitt con sus compañeros de gobierno y con el Rey, al no querer éstos por el momento secundar su política declarando la guerra á España y tomando la ofensiva para apoderarse de sus colonias, por considerar el gobierno británico que esto no estaba ajustado enteramente á las leyes de la guerra, por lo cual, Pitt, resentido, hizo dimisión de su cartera.

Pues bien, esta consecuencia no la guardó el gabinete de Saint James, como dice el ilustre Collantes, con las Islas Filipinas; «pues adoptó, añade el mismo, el preventivo proyecto de Pitt, instado por los informes que tenía de Madras.»

Facilitó la ejecución del proyecto la escuadra que en la India mandaba el Almirante Cornisk, quien despachó una fragata en que vino el brigadier Draper que llegó de Madras en cuatro meses y

veinte días. Hubo varias juntas, oponiéndose la compañía de las Indias por el mucho atraso que se seguiría al comercio; pero venciendo el voto de Mister Edward, autor de los informes de Pitt, se equipó una escuadra de seis navíos de línea, cinco fragatas, cuatro embarcaciones de transporte y cinco mil hombres de desembarco, (1) dándose á la vela á principios de Agosto de 1762.

(1) El P. Zúñiga supone más fuerza al enemigo.

Ferrando y Fonseca. Misiones de los Padres Dominicos en las Islas Filipinas: 1871.

II

Amanecía el día 14 de Septiembre del año 1762, cuando en la ciudad de Manila empezó á correrse la voz de que fuera de la isla de Mariveles había dado fondo en la tarde anterior un navío. Esperaban á la sazón la llegada del *Filipino*, que procedente de Acapulco debía arribar á aquel puerto, y creyéndose que fuera dicho barco, se despacharon pliegos por el Arzobispo-Gobernador con órdenes para los oficiales, y se llevaron además cartas de algunos particulares. Causó inmenso asombro en los comisionados que no les dejase aproximar el Comandante, el cual no conversó con nadie, limitán-

dose á preguntar á unos indios que iban en un bote «si el navío *Trinidad* había salido para Acapulco y si el *Filipino* estaba ya en Cavite de vuelta de aquel puerto.» Sin más, hizo levar anclas en la tarde del 17 con rumbo desconocido.

Esto dió lugar en toda la ciudad de Manila á diversas conjeturas, entre otras la de figurarse si la guerra estaría declarada entre España é Inglaterra, y en este caso se pensaba en la probabilidad de que en breve tiempo llegase alguna escuadra inglesa con intento de hostilizar estas Islas.

En vista de ello se procedió á averiguar las últimas noticias llegadas de Batavia, y confirmándose algo las sospechas, se crearon en el acto Juntas de Ciudad y Comercio, avisándose á los alcaldes mayores, á fin de que se armasen dos ó tres navíos para salir á esperar al *Filipino* en la embocadura de San Bernardino, suspendiéndose el día 21 esta orden al saberse que el barco que se creyó inglés no había tomado este rumbo.

Pero el día 22, á las cinco y media de la tarde, entró repentinamente en la bahía de Manila una escuadra inglesa compuesta de quince bajeles, penetrando viento en popa hasta la punta del Sangley, desde donde se formaron en línea mirando hacia la provincia de Pampanga, quedando á un tiro de cañón de la plaza.

El Gobernador inmediatamente tomó varias providencias para introducir la pólvora que había en el fuerte de San Antón, donde se fabricaba, mandando hacer cureñas y otros pertrechos que faltaban y haciendo venir gente y conduciendo víveres de las provincias más cercanas, siendo imposible pintar la turbación que en la ciudad causó todo esto.

La guarnición no llegaba á quinientos hombres, por lo que hubo que formar cuatro compañías milicianas de españoles, que en todo componían unos trescientos, sin echar mano de muchos miles de indios y mestizos que hubieran quizá prestado mejor servicio.

El Gobernador comisionó al teniente habilitado de regimiento D. Fernando Arcaya para que entregase al Comandante de la escuadra inglesa un pliego, en que se le manifestaba la sorpresa y novedad que le había causado la presencia de la misma, diciéndole que deseaba saber el motivo de su venida y suplicándole que le avisase si se le ofrecía alguna cosa. Entregado este pliego el día 23 por la mañana, no tuvo á bien responder el dicho Comandante, pero á las once poco más ó menos llegaron al palacio del Gobernador dos oficiales ingleses con otro pliego para el mismo de parte del Almirante Cornisk y del Comandante brigadier Draper. En él se decía «que habiendo el Rey de España declarado la guerra á la Inglaterra, venía la escuadra de esta Nación para conquistar esta plaza é Islas Filipinas, y que si los españoles no querían experimentar el rigor de la guerra, se rindiesen inmediatamente, pues ellos venían resueltos á manifestar que los más remotos dominios del Rey de

España no estaban seguros á las fuerzas británicas.» El Gobernador respondió en el mismo día, diciendo «que en Manila no se había tenido noticia alguna del rompimiento de las hostilidades; que con la protesta de los daños que se ocasionasen, estaban estos fieles vasallos y naturales resueltos á derramar su sangre en obsequio de su Rey, pues no se hallaba este gobierno con orden de S. M. para la entrega de la plaza; y que nuestras fuerzas no eran inferiores á las de la escuadra, como lo manifestarían los efectos de una vigorosa defensa.»

Pensóse entonces si convendría, después de sacar la pólvora del fuerte de San Antón, volarlo juntamente con la caja y oficinas, ó mantenerlo poniendo unos cañones para impedir el desembarco de los enemigos. Se resolvió lo último por dictamen de D. Gabriel de Magallanes, comandante de la artillería, contra el maestro de campo, marqués de Villamediana. Se reservaron á este fin diez arrobas de pólvora y se mandaron llevar

dos cañones de á ocho para guarnecer dicho fuerte, en donde asimismo había algunos falconetes de á libra; pero habiéndose demorado el conducirlos hasta las siete de la noche, sólo llegaron á la mitad del camino, donde se tuvo noticia de haber hecho el desembarco gran parte de tropas inglesas, las cuales se habían apoderado previamente de dicho punto, por cuyo motivo se retiraron inmediatamente á la plaza.

Al anochecer habían salido también dos compañías de cincuenta hombres de tropa regular para la defensa del fuerte, pero al aproximarse oyeron algunos disparos procedentes del enemigo y huyeron casi todos los soldados con sus oficiales, quedando sólo quince ó veinte mandados por el capitán D. Baltasar Cosar, el cual después de haberse mantenido con gran valor la mayor parte de la noche, tuvo al fin que retirarse.

El enemigo no perdió tiempo, pues inmediatamente se apoderó del convento de los Padres Agustinos, que llaman Ma-

late y que se halla más cerca de la plaza.

Mandó el Gobernador llevar á su oratorio la milagrosa imagen de San Francisco, enviando una circular á todos los religiosos, diciéndoles «ser ya tiempo de que salieran de sus claustros y ayudaran á la defensa de la ciudad, lo cual cumplieron gustosos.

El día 24 mandaron los generales ingleses á los indios y mestizos la siguiente alocución (1):

«Nosotros, Samuel Cornisk, escudero real y Almirante en jefe de la escuadra de S. M. Británica en las Indias Orientales, y Guillermo Draper, escudero, brigadier general y Comandante en jefe de sus fuerzas por tierra contra los españoles:

«Damos á saber á todos los indios y mestizos habitantes en las Islas Filipinas, que no deben tener aprensión alguna de nuestra armada, con la condición que ellos no se junten con nuestros ene-

(1) Rodríguez de Ovalle.

migos los españoles á asistirles en cualquiera forma que sea; pero sí al contrario hemos de recibirlos bajo nuestra protección, aliviándolos de los tributos que les han impuesto, que son para ellos de tanto cargo; hemos de librar su tierra de ruina, sus mujeres é hijas de violencias, dándoles siempre un precio considerable por los comestibles y demás necesarios que traigan para vender á nuestro campo, asegurándoles de todo impulso con plena libertad de poder volver á sus casas con toda seguridad.

»También prometemos que tendrán el libre ejercicio de la Religión Católica Romana.

»Pero si ellos no se avienen á estos nuestros términos de amistad, bien se pueden recelar los más severos castigos, que infaliblemente caerán sobre cualquiera de ellos que se atreva á oponerse á nuestras armas. Dado á bordo del barco de S. M. Británica, Norfórk.

»Setiembre 24 de 1762 años. Cornisk.»

Este mismo día y más al siguiente dejáronse ver los ingleses dispersos por las calles del pueblo de Santiago, especialmente al lado de una iglesia llamada Ermita, algo más cerca de Manila. Allí fueron acometidos por varios voluntarios españoles que con este objeto habían salido de la plaza, distinguiéndose mucho en perseguirlos por todas partes D. José Pedro del Busto, el cual con la poca gente que le acompañaba, no les permitía el menor reposo, obligándoles á retirarse á la Ermita donde habían establecido su cuartel general, desalojando el pueblo de Santiago y causándoles tres muertos: este hecho enardeció á varios españoles que siguieron el ejemplo de Busto.

Los ingleses apresaron en este día un *champán* de sangleyes (1) con comestibles; y habiéndose visto que en la bahía entraba una galera, el Comandante de la escuadra mandó una fragata en su perse-

(1) Rodríguez Ovalle.

cución, la que viró de fondo y encalló en la barra de Vinoanga, lo que observado por el capitán de la fragata, la hizo seguir con dos botes y una lancha, apresándola entonces con treinta mil pesos y varios objetos de valor que llevaron á la *Capitana* de la escuadra. Allí quedaron prisioneros un sobrino del Arzobispo-Gobernador, el capitán D. José Cerezo, un alférez y su contramaestre: todos los demás tripulantes huyeron, arrojándose al mar.

Precisamente esta galera era una de las dos que el Gobernador había enviado en busca del navío *Filipino*, al cual encontró en el puerto de Palapag, que está cerca del cabo del Espíritu Santo, y volvía cuando su apresamiento á Manila para dar cuenta al Gobernador de las noticias que tenía, de las cuales era portador el mencionado sobrino del Arzobispo.

La plaza disparó algunos cañonazos contra la iglesia de Santiago, pero lo fuerte de la construcción de ésta no se quebrantó por eso.

El día 25 se situaron los ingleses delante de dicha iglesia, haciéndose fuertes en algunas casas de piedra, desde las cuales hostilizaban á todos los que por las inmediaciones pasaban, y aunque contestados por la artillería de los baluartes, no recibían daño alguno.

El Arzobispo-Gobernador despachó en seguida para el referido puerto de Palapag á D. Ignacio Berrueta, con orden para el señor comandante del *Filipino* en que se le decía «procurase asegurar los caudales en tierra, guardándolos con la artillería y gente del navío para librarlos de los ingleses, y mandaba igualmente que en caso apurado lo varasen.»

El general Draper concedió licencia al sobrino del Gobernador para que entrara en la plaza; mas negábase éste en absoluto á usarla hasta tanto que no tuviese orden para ello de su tío, el cual le obligó á aceptar esta deferencia del general inglés, á quien de oficio el Arzobispo-Gobernador dió las gracias.

Pudieron los españoles tirar algunos

disparos con las culbrinas de la fuerza de Santiago, aunque con poco éxito por haber aprovechado para ello dos horas en que los ingleses suspendieron el fuego para enviar uno de los navíos á la barra por donde desemboca el río Pásig, y colocar los otros dos frente al baluarte de la guarnición. Por la noche empezó el bombardeo con tres pequeños morteros que habían colocado los ingleses en la iglesia de Santiago, lo que se hubiera evitado volando, como debían haber hecho los españoles, dicha iglesia en días anteriores, por ser el único fuerte de importancia en todos aquellos contornos. El número de bombas caídas en la plaza y alrededor fué de ciento sesenta.

La misma noche salieron de Manila D. César Fallet, suizo de nación, establecido en ella, y D. José del Busto, con dos compañías de cincuenta españoles y más de doscientos indios y mestizos con lanzas, fusiles y dos cañones de á ocho, con la terminante orden del Gobernador de emplear cuantos medios fueran nece-

sarios para desalojar al enemigo de sus posiciones.

Llegados á la iglesia de San Juan, se quedó Fallet allí con la mayor parte de su gente, y Busto fué á colocarse al costado de la de Santiago; pero habiendo caído en una emboscada preparada por el enemigo, empezó entre ambos lados un nutridísimo fuego, que obligó á los ingleses á retirarse á la Ermita. Aun cuando Busto quería atacar á los defensores de Santiago, no pudo hacerlo por recibir orden de Fallet para que se incorporase con su fuerza por creer que el enemigo le cortaba los pasos. Obedeció, pues, Busto, retirándose á la iglesia de San Juan, y el fuego continuó toda la noche sin grandes resultados para nadie.

La *Capitana* de la escuadra, al amanecer del día 26, rompió el fuego frente al baluarte de la fundición con balas de á doce y de á veinticuatro; pero como no podía acercarse mucho por el poco fondo que existe en las inmediaciones de la playa, y distando aún demasiado de la

ciudad, no fueron grandes los destrozos causados: sólo los que produjeron en algún tejado de las iglesias las balas dirigidas por elevación.

También fueron disparadas algunas bombas, que produjeron escasas bajas, pero con esto hicieron retirar el corto número de soldados é indios que habían salido de la plaza.

Al siguiente día salió de ésta D. Pedro Iriarte con dos compañías y mil quinientos indios con objeto de proteger á Fallet, sin conseguirlo por la retirada de éste; pero uniéndose á Busto, esperaron juntos el refuerzo de una compañía mandada por D. Fernando de Araya, el cual hizo cuanto pudo para apoderarse de las casas de piedra desde donde los ingleses hacian nutridísimo fuego, pero desgraciadamente no pudo conseguirlo.

Busto logró hacer retirar al enemigo, sosteniendo gran lucha para ello, pero habiendo éste disparado varios cañonazos con metralla, se amedrentaron tanto los indios que huyendo precipitadamen-

te, le dejaron solo con los pocos soldados españoles. Los ingleses se apercibieron de esto, y acometieron con más fuerza, rechazándolos hasta la iglesia de San Juan, pero esta retirada la hizo Busto sin dejar de hacer fuego, llevando dos cañones que encontró abandonados y con el peligro de que le hiciesen prisionero por recibir una gran contusión al caer del caballo que le habían matado. Hubo bastantes bajas en uno y otro lado. El general Draper mandó un oficial con bandera blanca, para que penetrando en la plaza, entregase al Gobernador un pliego, en el que decía (1): «que ya podía conocer las ventajas de sus tropas, y que antes de experimentar los rigores de la fuerza y de la barbarie de alguna parte de su gente, que sería difícil contener, se rindiese la plaza con las demás fortalezas de las Islas.» El Gobernador mandó convocar á los ministros de la audiencia, al maestre de campo, sargentos mayores

(1) Rodríguez Ovalle.

de la plaza y regimientos, al marqués de MonteCastro, sargento mayor de las compañías de milicianos, y á otros individuos de la ciudad y comercio, y habiéndoles leído lo contenido en el pliego del general Draper, opinaron la mayor parte que había medios de defensa puesto que de un momento á otro se esperaba vinieran de las provincias gran número de indios, que había suficientes víveres y facilidad de introducirlos, y entendiendo por el momento lo contrario sólo el maestro de campo y tres más, al fin se acordó unánimemente continuar la defensa y así también lo aprobó el Gobernador.

El día 29 por la mañana salieron de la plaza unos quinientos indios al mando del Arzobispo-Gobernador y ministros de la audiencia con algunos vecinos, pero fué tan nutrido el fuego que los ingleses les hicieron desde la iglesia de Santiago, que huyeron precipitadamente, sin que las persuasiones de su jefe fueran bastantes para contenerlos, teniendo que volverse todos á la plaza con este motivo.

Ocurrió á los pocos momentos una sensible desgracia. Llevado el sobrino del Gobernador para ser entregado á su tío, el general Draper le hizo acompañar de un oficial con su bandera blanca. Los pocos indios que habían quedado esparcidos, al apercibirlos, los atacaron, matando y mutilando al oficial inglés y dejando herido de muerte al sobrino del Arzobispo. El general Draper se quejó agriamente á éste, y pidió le fuese entregado el agresor, manifestando que de no hacerlo tomaría la satisfacción por su mano ahorcando á los oficiales de la galera apresada. El Gobernador le ofreció entregarlo tan pronto como fuese habido.

Por la noche se dispararon varios morteros que había en la plaza, arrojándose á la escuadra sin gran resultado algunas granadas, por lo cual ésta fué ganando algo en posiciones y pudo prepararse para causar más daño, ayudado de las piezas situadas en la iglesia de Santiago.

Entraron, para reforzar la plaza, dos

mil indios, coronándose por la noche la muralla de gente. El Arzobispo mandó á todas las comunidades que enviaran para servir de soldados, yendo al puesto que se les designara, á cuantos religiosos fueran útiles para ello, consiguiendo que acudieran muchos á este patriótico llamamiento.

Continuó el 27 y el 28 el fuego entre la escuadra y la plaza sin grandes pérdidas ni destrozos, entrando en la ciudad bastantes indios de la provincia de Pampanga, que fueron acuartelados en San Fernando (extramuros).

En este mismo día se levantó un viento bastante brusco que impidió el desembarco que hacían diariamente los ingleses de algunos pertrechos de guerra, y naufragaron varios lanchones, ahogándose bastantes marineros y un oficial, cayendo al mar uno de los grandes morteros que llevaban á tierra.

Algunos de los que pudieron escapar de las olas, acompañados de negros malabares desertores, pidieron desde cerca

del foso que les permitieran entrar en la plaza, pero se les recibió á tiros, y habiéndose matado á tres de ellos desde la muralla, huyeron los demás.

Continuó el día 30 con más fuerza el viento seco, hasta el punto de irse á pique dos barcas con cincuenta hombres y el *champán* apresado. Además, durante la noche varó en la playa uno de los navíos de la escuadra, y aun cuando lo aligeraron sacando la artillería y demás objetos de peso, no se consiguió ponerlo á flote, recogiendo D. José Eslava, ayudado de algunos indios, gran cantidad de masteleros y vergas que la resaca arrojó á la playa.

Los ingleses no cesaron de disparar bombas á Manila, habiendo aumentado el número de morteros situados detrás de la iglesia de Santiago, los cuales causaron bastantes estragos en los edificios.

En la tarde de este día llegaron mil indios de la Pampanga, y el día 1.º de Octubre se dieron varias providencias para habilitarles de flechas, lanzas y

otras armas. El día 2 se hizo lo mismo, y por parte de los ingleses no se descuidaron los trabajos para el aumento de cañones, de modo y manera que consiguieron poder batir brecha en el baluarte de la fundición, limpiar la playa que mira hacia Santiago, hacer daño en la Puerta Real y baluarte de los frailes Recoletos, lanzando de cuando en cuando alguna bomba en los que miran al mar.

Al poco rato de hacer uso de nueve cañones recién puestos en batería, destruyeron los parapetos del baluarte de la fundición, limpiaron la muralla, siendo abandonada toda por los de la plaza, que no encontraban lugar seguro donde resguardarse.

Los dos navíos que estaban fondeados cerca de la plaza hacían tanto fuego como la dicha batería, y hasta la tropa inglesa de desembarco, subida en parte sobre la torre de la iglesia de Santiago, no se descuidaba en disparar desde allí á cuantos se dejaban ver en las murallas y baluartes,

Desgraciadamente, en la plaza todo era disputas y confusión, todos querían mandar y ninguno obedecía las órdenes del Gobernador, el cual, á instancias de los que pretendían ayudar á la defensa de la plaza, providenciaba sin resultado varias veces al día.

Bajo la dirección de D. Francisco Rodríguez, sargento mayor de Cavite, que había venido de aquella plaza por orden del Gobernador, y de D. Santiago de Oréndáin, abogado de Manila, salieron el 3 de Octubre, á las dos de la mañana, sobre tres mil indios pampangos y doscientos soldados para sorprender al enemigo.

Al efecto dividieron en tres secciones esta fuerza, mandando á San Lázaro sevecientos hombres, donde los esperaba D. Pedro de Busto, ya mejorado de su caída del caballo, para ponerse á su frente, marchando el resto de la fuerza á San Juan de Bagumbayán y la Ermita.

No estaba la combinación mal dispuesta, pero siguiendo su costumbre,

los indios empezaron con una gran gritaría á tocar los tambores á su usanza, dando lugar á que el enemigo se apercibiera y por lo tanto se preparase. Sin esto hubieran acaso conseguido desalojar á los ingleses de sus fuertes, pues acometieron con tal denuedo y valentía que la lucha se verificó cuerpo á cuerpo, rehaciéndose el enemigo al ver la deficiencia de armas de los indios, en su mayor parte consistentes en lanzas y chafarotes, y la poca disciplina que observaban. Así es que, merced á un vivísimo y nutrido fuego, se retiraron en precipitada fuga, quedando muertos en el campo más de cuatrocientos, y consiguiendo los ingleses arrojar de la torre de San Juan á algunos que subieron á tocar las campanas después de haber desalojado la pequeña guardia enemiga que la custodiaba, y ahorcando inmediatamente á cuantos con vida cogieron.

Por la tarde celebró el Gobernador una junta, á la que concurrieron los ministros de la audiencia, el maestro de

campo, el marqués de Monte Castro, el sargento mayor de la plaza, el de Cavite, el del regimiento, el ingeniero, los prelados de los conventos y todo el clero.

Manifestó el Gobernador á los presentes que el objeto de la reunión era tan sólo oír el parecer de los asistentes sobre un punto concreto, esto es, si convenía capitular ó seguir la defensa.

El ingeniero hizo ver el mal estado de la plaza, la dificultad de hacer cortaduras y contrabaluartes por carecer de cestos, sacos y faginas, cosas que debían haber estado ya prevenidas; que si por entonces todavía la brecha se hallaba impracticable, pronto dejaría de estarlo por causa del fuego de la batería enemiga que la amenazaba; indicando que así mismo pronto serían desmontados los cañones del baluarte de Carranza, siendo entonces facilísimo el asalto.

El Gobernador expuso que la defensa la consideraba ya temeraria, mucho más después de oír la opinión del ingeniero, pareciéndole lo más acertado proponer

á la Junta la capitulación. De esta opinión fueron la mayor parte de los asistentes; pero algunos, que tenían poca confianza en las luces y ciencia del ingeniero, se empeñaron en hacer una cortadura que impidiese el asalto, cerrar las bocacalles, esperar á que se abriese la brecha y entonces emprender la retirada de la fuerza, capitulando.

Así se determinó, encargándose del mando el marqués de Monte Castro, y ordenando éste que algunos religiosos llevasen indios á la fundición para hacer los instrumentos necesarios para la cortadura; pero nada de esto se hizo, á pesar de haber trabajado con el mayor celo el padre Pascual Fernández, de la Compañía de Jesús, maestro de matemáticas, así como los demás religiosos.

En la misma Junta propuso el sargento mayor de Cavite que el Gobernador mandase retirar fuera de Manila á todas las mujeres, niños y ancianos, sacando los caudales. El oidor propuso que se retirasen el Gobernador é individuos de

los tribunales con la mayor parte del vecindario, dejando la plaza encomendada á un jefe con la instrucción correspondiente para su defensa ó rendición. El fiscal, que tenía la comisión de víveres, instó para que se hiciera un estado de la plaza, representó la necesidad de una organización para el arreglo y economía de las raciones y lo conveniente de señalar sueldo á los indios. Pero nada de esto pudo prevalecer, acabando la Junta entre disputas y cuestiones, determinando solamente exhortar á los religiosos para que continuasen al cuidado de los indios como hasta entonces, asistiendo á la defensa de las murallas, y dejando la dirección de todo al Gobernador, con atribuciones para que, en caso de encontrar la plaza indefensa, pudiera capitular, como asimismo disponer se clavasen los cañones para que no sirvieran al enemigo: esto último no se llevó tampoco á efecto á pesar de haber hecho la provisión de clavos necesaria.

El enemigo por su parte no dejó de

hacer fuego, abriendo brecha en el baluarte de la fundición, desde donde no se podía contestar por haber caído al foso uno de los cañones y quedar los otros desmontados y no poder utilizarse uno ó dos que servían por estar tan al descubierto que la fusilería enemiga, situada en el fuerte de Santiago, impedía hasta cargarlos.

A vista del gran peligro y con el mayor riesgo, pudo por la noche D. Martín Goycoa, de orden del Gobernador, ayudado de D. Eusebio de Soto y de dos religiosos, retirar los cañones inmediatos al foso para que no cayeran á éste.

El día 4 entraron en la plaza más indios de las provincias, siendo arengados de orden del Gobernador por los religiosos que hablaban sus dialectos.

Los enemigos dispararon bombas de mayor calibre, pero sólo una casa sufrió estrago, y observaron además desde la torre de Santiago el desamparo en que había quedado la fundición, cañoneando desde la batería la brecha, la cual ni fué

reconocida por el ingeniero ni la tuvo en cuenta nadie en lo sucesivo.

El Gobernador continuó dando varias providencias que no fueron cumplidas, y el maestro de campo se limitó á ordenar á los religiosos que impidiesen á los indios subir á los baluartes, reinando por esta razón gran confusión en la plaza. Habíase acordado, con el objeto de que en un caso dado no quedasen las Islas sin quien las gobernase en nombre de S. M. conservando su dominio, nombrar teniente del Gobernador, Capitán General de ellas, al oidor D. Simón de Anda y Salazar, el cual en este mismo día 4 de Octubre salió de la plaza con la comisión de visitar las provincias.

El día 5, antes de amanecer, hicieron los enemigos un fuego más vivo que los anteriores con el fin de limpiar el baluarte de la fundición.

Habiéndose conseguido hacer comunicable la brecha, entró por ella un aventurero francés, el cual fué seguido de quince ó veinte ingleses, quienes,

viendo que no había la menor oposición, ni quien hiciera resistencia, dieron la señal á los suyos, penetrando así en la plaza unos cuatrocientos hombres que quedaron de reserva en el campo (1).

La guarnición y algunos vecinos é indios que guardaban la Puerta Real, procuraron resistirse con el mayor esfuerzo, pero al fin los ingleses se apoderaron de ella, matando cuarenta hombres de dicha guarnición, rematando varios heridos, entre ellos el sargento mayor del regimiento D. Martín de Goycoa, de quien ya hemos hablado.

El enemigo sólo perdió cuatro hombres, entre ellos un sargento que recibió un flechazo en la frente.

Triste es decirlo, en verdad, pero aquí huyó vergonzosamente D. Miguel Val-

(1) También entraron en la plaza en este día quinientos marinos vestidos, armados y uniformados como las tropas regulares inglesas, los cuales cometieron toda clase de excesos en los conventos, iglesias y casas. (Ovalle: sitio de Manila, 1763. Manuscrito).

dés (1), comandante del regimiento, y siguieron su mal ejemplo algunos vecinos y soldados con la mayor parte de los indios. Al poco rato abandonaron los ingleses las murallas.

En el baluarte de Carranza murió un piloto irlandés llamado Raimundo Kely, quien hizo una defensa notabilísima de dicho baluarte.

En la puerta del Pariam hicieron al principio alguna resistencia, pero después huyeron, quedando muertos cinco, y diez y siete de los contrarios, siguiendo éstos y avanzando sin oposición hasta cerca del fuerte de Santiago.

La columna que ocupó la muralla por la izquierda de la fundición se apoderó de todo hasta el baluarte de la puerta de Santa Lucía, perdiendo la mayor parte de la gente y quedando sólo libre dicha puerta de Santiago.

Al correrse las columnas por la muralla se encontraron en la plaza del pala-

(1) Rodríguez Ovalle.

ció la inglesa mandada por el general Draper y la española por el coronel Monzón, sin atacarse ni uno ni otro.

En cuanto el Arzobispo-Gobernador tuvo noticia de estos hechos se retiró al fuerte de Santiago con los oidores, algunos oficiales, muchos vecinos y parte de los indios, sin dejar nada dispuesto ni orden alguna dada á la guardia de palacio, que constaba de cincuenta hombres, la cual inmediatamente se rindió.

Mandó únicamente que un oficial con bandera blanca se viese con el general Draper, para en su nombre expresarle el deseo de que cesasen las hostilidades, pudiendo entrar con toda seguridad en la plaza, puesto que no había quien resistiera.

El oficial cumplió su cometido, y acompañó en su entrada al general Draper, sin más incidentes que algunos disparos nuestros que se hicieron al pasar por delante de las casas del cabildo, disparos que produjeron la muerte de un soldado, hirieron á un oficial y dieron lugar á

que Draper previniese á los que allí se encontraban que, si se repitiera esto, pasaría á cuchillo á cuantos encontrara en la calle. Los ánimos se calmaron en el acto con esta amenaza.

El Gobernador, desde el fuerte de Santiago, mandó al suizo D. César Fallet para pedir capitulación, pero al mismo tiempo se acercaron dos oficiales ingleses para pedir al Gobernador, en nombre del suyo, la rendición de la plaza.

El Gobernador y el maestro de campo, con pretexto de tratar personalmente con dichos oficiales, salieron del fuerte, y al verse abandonados los oficiales y los indios que lo custodiaban, se arrojaron por la muralla al río, donde varios perecieron ahogados y otros murieron á consecuencia de los disparos que desde la muralla inmediata les hacían los ingleses.

Sin perder tiempo éstos, tomaron posesión del fuerte y mantlaron al palacio los ministros de la audiencia y demás personajes que allí se encontraban, manifestándoles que era necesario reunirse

todos allí con el Gobernador para tratar de la capitulación.

Esta fué redactada por dichos señores bajo la base de que habían de quedar los súbditos de S. M. libres en el ejercicio de su religión, garantizadas sus vidas y haciendas, y los gobiernos eclesiástico y secular de la misma manera que antes, dejando en libertad de volver á sus casas á los individuos que se habían retirado durante el sitio, permitiendo libremente el comercio exterior é interior á los vecinos, pudiendo éstos salir y entrar donde lo estimaran oportuno, y pidiendo además para la guarnición los honores y satisfacción de los sueldos, quedando S. M. C. responsable del pago de lo que los ingleses adelantaran por este último concepto. Además se darían á los ingleses un millón de pesos por gastos de su escuadra y por librarse del saqueo.

A estas proposiciones, que el Gobernador daba ya como admitidas, contestaron los jefes británicos, diciendo (1):

(1) Ovalle, *op cit.*

«que la ciudad sería respetada, así como sus habitantes, sin haber saqueo; que serían respetados éstos en su religión nacional, pero bajo el gobierno de Su Majestad Británica y con las condiciones siguientes, que copiamos íntegras:

»1.ª Los oficiales serán prisioneros de guerra bajo su palabra de honor, concediéndoles el uso de la espada.

»2.ª La artillería y pertrechos de guerra serán entregados al comisario de Su Majestad Británica.

»3.ª Se hará entrega del puerto de Cavite, así como de todos los fuertes de la Isla.

»4.ª Las proposiciones hechas por el Gobernador que no se opongan á lo presente serán garantidas mediante el pago de cuatro millones de pesos, la mitad asegurando lo necesario para el cobro y la otra mitad al contado».

Además hicieron entender al Gobernador y demás personajes de la ciudad que de no entregarse inmediatamente el puerto de Cavite y los cuatro millones de pe-

sos, pasarían á todos á cuchillo, poniendo en armas, como lo hicieron, todas sus tropas, á fin de intimidarlos.

En seguida pasaron á ver al general Draper algunos comisionados por el Gobernador-Arzobispo, y le ofrecieron desde luego la entrega de dicho puerto y todo el dinero de las obras pías y el que esperaban trajese el navío *Trinidad*, obligándose, si faltara, á librar contra la tesorería de S. M. C.

Accedieron á lo propuesto, si bien con la condición de que si en este día, ó sea el 7 de Octubre, fuese apresado el navío *Trinidad* por los de la escuadra inglesa que habían salido en su busca, los caudales que dicho navío llevara no se habían de incluir en los cuatro millones de pesos. El Gobernador inmediatamente despachó una orden al jefe de Cavite para la entrega de aquel puerto, y otra al comandante del *Trinidad* para que entregase los caudales á los capitanes ingleses. A pesar de las promesas hechas por el general Draper al Gobernador-

Arzobispo y demás personajes de la ciudad y del comercio, lo mismo fué entrar los ingleses en la ciudad de Manila que comenzar el saqueo.

En las casas particulares nada dejaron de valor, inutilizando lo que no querían llevarse; cometieron mil atrocidades, atropellando muchas mujeres. En el convento de Santo Domingo cortaron la cabeza á la imagen de la Virgen del Rosario, tirándola al suelo.

De las demás iglesias se llevaron todos los cálices, patenas y ornamentos, poniéndose éstos en son de burla, amarrando las colas de los caballos con las estolas del culto. Los archivos de la audiencia, secretaría, oficinas de la real hacienda, así como muchas casas particulares, fueron quemados, ayudando á todo esto con gran celo mucha parte de los criados de servir de los españoles y todos los indios que habían venido para defender la ciudad.

El general Draper pretendió ignorar todo esto y dió orden para que se pusie-

ran guardias en los conventos y casas con objeto de defenderlas del saqueo, mandó ahorcar dos sangleyes por ladrones, é hizo devolver muchos vestidos usados y cosas de poco valor; pero nadie recobró objeto alguno que lo tuviese, y la escuadra inglesa embarcó muchos cajones de plata labrada.

Publicó también Draper el día 8 un bando, manifestando á los indios «que venían á aliviarles en sus trabajos, y que la guerra era sólo contra los españoles» (1).

(1) Rodríguez Ovalle.

III

El día 10 entró en la ciudad de Manila Mister Drake, destinado para gobernador de ella.

El Arzobispo, en el mismo día, escribió á los Prelatos de las Ordenes, encargándoles no abandonasen los conventos, dejando en cada uno por lo menos seis religiosos, para que subsistiese la vida de comunidad y para consuelo también de los fieles. Pidió que se le dejase vivir fuera de la plaza, pero no se lo consintieron hasta fin de Octubre, y aun entonces por enfermo.

Tuvo que girar á Cádiz contra el Comandante de Artillería por cinco mil pesos para rescatar las campanas de la catedral, pues éstas y las de varias iglesias las embarcaron en la escuadra inglesa, después de hacerlas tasar.

Impusieron los ingleses varias contribuciones y cogieron un *champán* que D. Fernando Calderón remitía sin pasaporte á las provincias con efectos y cinco mil pesos en plata acuñada; prendieron á dicho Sr. Calderón é intentaron ahorcar á un sobrino suyo que mandaba el citado buque.

Lo mismo hicieron, sin permitirle confesión, con un mestizo español, por haberle encontrado un sable.

Los ingleses, como habían tomado la plaza por asalto y sin resistencia, se creyeron en el caso de no observar ninguno de los artículos de lo que podemos llamar capitulación, así que hicieron las leyes á su gusto, imponiendo vejaciones verdaderas, y obligando con amenazas al Arzobispo y ministros de la Audiencia

á firmar la cesión de todas las islas al Rey de la Gran Bretaña, resistiendo éstos el hacerlo hasta el 29 en que no tuvieron otro remedio que sucumbir á la fuerza. Pidieron además los generales al vecindario un millón de pesos, concediéndoles para su entrega un brevísimo plazo, bajo la garantía de su vida.

Cada uno dió lo que pudo, á prorrates, unos en plata labrada y otros en objetos comerciales ó en alhajas, no librándose ni el Arzobispo, que tuvo que entregar varios pectorales y dinero de la catedral, depósitos, colegios de la compañía y conventos, sin quedar á éstos más que lo preciso para decir misa. Con todo ello no se consiguió llegar más que á setecientos mil pesos; y viendo los ingleses que no conseguían al contado el millón pedido, no cesaron de molestar á todos, prendiendo á los ministros de la Audiencia y á los principales vecinos, así como á muchos religiosos.

Los españoles no tuvieron más remedio que mandar unos comisionados al

navío *Trinidad* para que entregase al enemigo un millón trescientos mil pesos que llevaba, que con otros dos millones que el Arzobispo giró contra el Rey, y la cantidad anteriormente citada, sumaban los cuatro millones pedidos.

Pero en virtud de órdenes del Oidor Anda, que como hemos dicho más arriba salió para recorrer las provincias, el dinero que llevaba el navío *Trinidad* se puso en sitio seguro, y al apresarle los ingleses sólo pudieron hacerse dueños de una porción de cobre, contentándose con clavar los cañones y quemar en parte dicho barco. En vista de esto volvieron las amenazas y vejaciones para conseguir el total de la cantidad.

Se hizo un balance entre lo que aproximadamente podía calcularse el valor de lo saqueado y el del *Trinidad*, dando por resultado el primero un millón y trescientos mil pesos, y el segundo en dos millones.

Los perjuicios ocasionados en los barrios de Santa Cruz y Binondo fueron

excesivos, pues pasaron de cuatrocientas las casas arruinadas, entre buenas y malas.

Como se corrió la voz de tener los conventos tesoros encerrados, no omitieron los ingleses diligencia alguna para cerciorarse de ello, y del convento de San Agustín se llevaron ocho mil pesos en plata acuñada y cobre, y veinte mil en alhajas.

Fué esto descubierto y delatado por un lego de nacionalidad alemana y don Santiago de Orendain, que se hizo partidario y amigo de los ingleses contra su patria. Estos quemaron muchas casas de recreo situadas á orillas del río que pasa por Santa Cruz, Binondo y Manila, y á todos los prisioneros que se hallaban en la plaza les hicieron firmar un documento jurando fidelidad y sumisión á S. M. B. prometiendo que jamás conspirarían contra ella, ni que directa ni indirectamente ayudarían á los enemigos de Inglaterra y que esperarían sumisos las decisiones que los monarcas español é inglés toma-

sen el día en que se verificase la paz. Realmente hay que confesar que muchos no cumplieron este forzado juramento, y por cuantos medios pudieron lograron entenderse y auxiliar al Oidor Anda, como veremos más adelante. . . .

Como algunos, llevados de su patriotismo, no ocultaron el envío de pólvora, salitre, plomo y otros pertrechos al Oidor, fueron detenidos por los ingleses, pagándolo con sus vidas muchos mestizos, indios y pobres, que faltos de dinero no pudieron como otros comprarlas á alto precio. . . .

El fiscal del Rey, D. Francisco Viana, se retiró fugitivo á las provincias, á pesar de estar en la plaza con permiso de los ingleses, por no aguantar más las tropelías que con él hacían, y las amenazas indecorosas que recibía á diario. . . .

También obligaron á retirarse dentro de ella á algunos vecinos que organizaban juntas para suministrar auxilios, á Anda, cuyo centro de conspiración era el barrio de Santa Cruz. . . .

El Oidor Galván, que se hallaba con licencia en una provincia, no quiso volver á la plaza, así como el Marqués de Monte Castro que salió también fugitivo, sin haber satisfecho lo que le tenían regulado para el pago del millón, pues siendo uno de los que más padecieron en el saqueo, le era imposible cumplir con este compromiso; y como los ingleses no se paraban en esto, podía temer cualquier atropello.

El Oidor Decano, D. Francisco Villacorte, fué sometido á Consejo de Guerra y preso mucho tiempo, por habérsele cogido varias cartas para Anda.

Se hizo cuanto se pudo para libertarle, incluso alegar que estaba loco, pero sólo se consiguió su libertad mediante algunos pesos, y disfrazado salió de la plaza.

Todos los religiosos y colegiales de Santo Tomás fueron presos también por acusarles los ingleses de animar á los soldados á la desertión, valiéndose de este pretexto para registrar los conventos y llevarse cuanto les apetecía.

Por sólo sospechas, fueron reducidos á prisión el Provincial con todos los Padres del Colegio de Santa Cruz.

Lo mismo hicieron con el Prior de San Agustín, mandándole con una guardia á su convento incomunicado por muchos días.

A instancias y bajo amenaza de los ingleses, el Arzobispo mandó despachos y órdenes á los Alcaldes y Prelados de la Orden para que se sometieran á los Jueces británicos.

El General Draper se hizo á la vela en una fragata el día 11 de Noviembre, y el Gobernador Drake tuvo con él algunas disputas sobre la toma de posesión, pues éste sostenía no haberse conquistado más que Manila y Cavite, y ser lo de las demás islas una cesión hecha por el Arzobispo y los Ministros de la Audiencia á S. M. Británica.

Draper habitaba el palacio del Arzobispo, y antes de salir de él se llevó cuanto le pareció conveniente, como di-

ce un manuscrito de la época (1) «pagando así el hospedaje.»

Solicitaron los vecinos se les entregase la carga del navío *Trinidad* para remitirla al puerto de Acapulco, cuya presa intentaban demostrar no era buena, por haber sido hecha después de la toma de la plaza, diciendo que en el caso en que se declarara por buena á favor de los ingleses se pagaría su equivalencia, con más los premios correspondientes; lo cual no tuvo efecto por no haber admitido los ingleses esta proposición.

El General Cornisk salió el 1.º de Marzo con ocho navíos, llevando consigo el *Trinidad* con toda su carga, al Oidor don Pedro Calderón acompañado de una hija que pasaba á España y varios misioneros, oficiales y soldados. Las pocas familias que antes de la toma de la plaza habían huído de ésta al campo llevando sus caudales también tuvieron sus pérdidas y apuros, pues se organizaron parti-

(1) Rodríguez Ovalle.

das de indios que merodeaban por el campo robando y saqueando cuanto encontraban á su paso, costando esto la vida á muchas personas, entre ellos varios religiosos.

Fué grande la desmoralización que reinaba entre los indios. Unos, echándose las de generosos, favorecían los viajes de los españoles que deseaban trasladarse de un punto á otro, pero en cuanto encontraban ocasión propicia los desbalijaban, cometiendo toda clase de atropellos con las mujeres, invocando unas veces el nombre del Rey de España para explicar estos atropellos por no haber sabido los españoles defender Manila, y otras veces invocando el nombre de la Libertad, siendo muy de notar las predicaciones contra los españoles llevadas á efecto por algunos religiosos y doctrineros en los pueblos, por fortuna muy contados, que hasta animaban en sus arengas ó sermones á los indios contra los blancos.

Una colisión produjo todo esto, mu-

riendo á lanzadas, por mano de los indios, el Alcalde Mayor de La Laguna y además otros dos españoles.

Por el contrario, otros religiosos, llevados de su patriotismo, se quitaron los cerquillos, cambiaron los hábitos por uniformes, y haciéndose llamar Maestres de Campo y otros títulos, llegaron á las cercanías de Manila y Cavite, no dejando en las haciendas ni viveres, bajo pretexto de quitarlo así á los enemigos, siendo verdad que, si bien algún daño podían éstos recibir, era mucho mayor el que inconscientemente causaban á los españoles, y mucho más teniendo presente la clase de gente que componía esta partida, pues la mayor parte de ellos habían estado presos en las cárceles por ladrones y facinerosos. Basta consignar lo que hicieron con un pobre coadjutor de los Padres de la Compañía de Jesús, al cual maltrataron horriblemente, faltando poco para ahorcarlo, por pretender que era un traidor que abastecía á los ingleses, arrastrando, al ponerlo en libertad, la casa de dichos Padres, donde habitaba.

La parte sana y juiciosa de los religiosos no podía ver sin gran pena todos estos excesos, y trataba de imponerse castigando como podía á los culpables, pero por más esfuerzos que hacía era imposible poner remedio.

Buen ejemplo pudieron tener estos perturbadores, más ó menos patrióticos, de todos los religiosos que defendían á su Rey, y por su España perdieron hasta la última gota de su sangre (1).

Ya hemos hablado de la salida del Oidor Anda, para visitar las provincias, acompañado sólo de un abogado que hacía de fiscal y de un escribano. Salió sin más capital que quinientos pesos. Llegó á la provincia de Bulacán, que dista tres leguas de Manila, y allí, enterado de la capitulación de ésta, se declaró Gobernador y Capitán General de Filipinas y Presidente de la Audiencia en virtud de las leyes de Indias que preven este caso.

(1) Refiérense muchos casos y antecedentes que podríamos hacer constar como ejemplos. (Rodríguez Ovalle).

Inmediatamente dió parte de esto á los Obispos, Prelados de las Ordenes y Alcaldes Mayores, quienes respondieron ofreciéndose á defender el partido del Rey de España, reconociendo á dicho Oidor su legítimo jefe, á quien desde luego prestaban acatamiento y estaban dispuestos á obedecer.

Contrastaba esto con la actitud del Arzobispo Gobernador, el cual el día 31 de Octubre le daba orden al Oidor para volver á Manila. Respondíale éste, diciendo no le reconocía por tal Gobernador, sino simplemente por un prisionero de guerra, y que mientras estuviese en esa situación, ni podía mandar ni ser obedecido, puesto que por esa causa legítimamente había recaído el mando en su persona, hallándose dispuesto á sacrificarse en defensa de S. M. Católica y sus dominios. El Arzobispo recibió muy mal esta contestación, profiriendo en amenazas contra Anda. Mucho contribuyeron en prevenir al Arzobispo contra el Oidor los mismos que rodeaban á aquél y

que habían tomado parte en la capitulación, viendo con malos ojos la actitud y lealtad de éste.

El día 5 del mes de Noviembre publicaron los ingleses un bando en que decían «que como S. I. el Capitán General de las Islas Filipinas en compañía de los Oidores de la Real Audiencia y los demás Ministros bajo sus firmas habían cedido á la corona de la Gran Bretaña la isla de Luzón con todas sus adyacentes pertenecientes á dicho gobierno; contrato celebrado entre dichos señores y los generales *Mr. Samuel Cornisk* y *Mister Guillermo Draper*, estando el gobierno de Manila conferido por orden de Su Majestad Británica á Mr. Dausoune Drake y su concejo, hacían saber á todos los indios que les concedían el libre ejercicio de la religión y que serían libres de todos tributos y servicios personales que los españoles les tenían impuestos, si se sujetaban á la obediencia de S. M. B. y renunciaban la sujeción y obediencia que tenían dada al Oidor Sr. Anda, el

cual había violado la capitulación hecha entre los personajes indicados, declararíanse por sí mismo Gobernador y Capitán General de las Islas sin autorización ninguna, por lo cual se le declaraba *rebelde é inobediente contra las dos Majestades*; que si los indios se ponían en paz no se les haría violencia alguna, pero que caso contrario serían tratados como rebeldes.»

Este bando fué leído por el Gobernador Drake en presencia del Arzobispo, personajes de la ciudad y comercio, á quienes hizo ir al palacio, publicando otro por el estilo, añadiendo: «Que consideraba como rebelde y como tanto como reo de muerte al dicho Oidor Anda, ofreciéndose premio al que lo entregase vivo ó muerto, confiscando sus bienes é imponiendo pena de la vida á todo el que le obedeciese.» Extrañaron también de la plaza, con prohibición de vivir en las cuatro provincias inmediatas, al Superior de los Agustinos, confiscando todos los bienes que poseía dicha Orden.

Esta medida fué tomada por los ingleses al saber que dicho Padre Superior fué el primero que reconoció como Gobernador al Oidor Anda, ayudándole después cuanto pudo.

Con la misma pena condenaron, si no se presentaban en la plaza antes del día 22, al Oidor Galván, al Marqués de Monte Castro y á D. José Iriarte, Gobernador del castillo de Cavite.

Se cree que los ingleses estaban en secreta inteligencia con el Arzobispo, haciéndole creer que si se retiraba el Oidor, el Gobierno Británico le dejaría como antes de Gobernador, y que era de necesidad por lo tanto no se dejase usurpar bajo ningún título el derecho que había recibido del Rey. Lo cierto es que escribió muchas cartas á los Obispos, Prelados, Alcaldes Mayores y hasta á los indios y particulares para que no obedeciesen mas que al gobierno inglés hasta tanto se hiciese la paz entre los dos soberanos, firmando siempre «Manuel, Arzobispo-Gobernador y Capitán General de las Islas Filipinas.»

El Arzobispo mandó llamar á D. José Pedro de Busto (1) para conferenciar con él en Manila, y habiendo acudido al llamamiento, en nombre del Gobierno Británico le ofreció el puesto de Alcalde provincial con *cinco mil pesos de sueldo al año* y las gratificaciones y auxilios que necesitara, pero la rechazó noblemente, diciendo nada podía admitir sino del Rey de España, marchándose de la plaza con veinte indios de Cagayán que le habían acompañado en el sitio, siendo seguido, sin darle alcance, por varios moros cipayos á caballo.

Llegado que fué á una estancia que tenían los Padres de la Compañía de Jesús en el pueblo de Mariquina, poco más de dos leguas de la plaza, empezó á arengar á los indios para que no obedeciesen al Gobierno Británico, siguiéndole la mayor parte, y pudiéndose hacer con algunos caballos y armas, hizo va-

(1) Este señor era natural del Principado de Asturias.

rias salidas contra los facinerosos y ladrones que como hemos dicho mero-deaban por todo aquel contorno, sin perdonar la vida á todos cuantos se le resistieron, que sólo fueron en su menor parte.

Los padres de la referida estancia ayudaban grandemente á Busto hasta el punto de mantener á éste y toda su gente, exhortando á cuantos indios había para que le siguieran y acompañaran.

El día 20 de Noviembre salieron de la plaza, perfectamente armados y equipados, doscientos soldados ingleses, acompañados de doscientos cipayos y unos trescientos hombres más entre faginites y artilleros, sin incluir mayor número de sangleyes que llevaban víveres, pertrechos de guerra y dos cañones de campaña. Se dirigieron al pueblo de Pasig, punto en donde embarcaban los indios los víveres que se conducían á Manila, con objeto de entrar después en la provincia de Bulacán, donde se hallaba el Oidor Anda.

Busto tuvo noticia de esto por habersele comunicado con peligro de su vida el Provincial de la Compañía de Jesús, é inmediatamente pidió al comandante indio de Pasig cien indios flecheros y algunos caballos, escribiendo al Alcalde Mayor del pueblo de Bulacán para que le remitiese auxilios, pero no pudo conseguirlo de ninguno de los dos.

No por esto dejó de salir á encontrarse con los enemigos, seguido de 45 indios y de D. Antonio del Villar, vecino de Manila, que se le agregó con quince indios de los Cagayanes.

A corta distancia divisaron una compañía inglesa, de la que se adelantaron algunos oficiales; pero los atacó con tal denuedo que huyeron precipitadamente, dejando tiradas en el campo varias pistolas y algunas otras armas, con muchos caballos que abandonaron los sangleyes, indios y mestizos que los conducian, internándose algunos de éstos en los bosques y uniéndose los demás al grueso de la tropa.

Comprendiendo Busto que le sería imposible atacar de frente al enemigo, aprovechando las circunstancias del terreno, determinó valerse de algunas emboscadas para hacer todo el daño posible, y fué tan grande el que les hizo, que creyendo los ingleses se trataba de luchar con un crecidísimo número de españoles, se apoderó de ellos la mayor confusión, pues en realidad no cesaba Busto de hacerles fuego por todos lados, hasta que al acercarse le obligaron á formar el cuadro.

En seguida se retiró á un bosque próximo bien resguardado con peñas, punto por donde era de necesidad el paso del enemigo, el cual se acercó al concluir el fuego; adelantáronse algunos oficiales guiados por un espía, pero retrocedieron inmediatamente, dejando también en el campo algunas armas que recogió Busto.

Este se volvió á su puesto sin que le obligara á abandonarle el nutrido fuego de los ingleses, que sólo consiguió derribar algunos árboles y destrozár las pe-

ñas más próximas. Se hubiera podido mantener más tiempo sin el aguacero que por más de treinta horas estuvo cayendo y que le produjo una gran calentura que le obligó á retirarse á la estancia dicha de los Padres Jesuitas, fusilando antes á D. Francisco Zapatero, un navarro que salió de Manila sirviendo de guía á los ingleses.

Desde allí volvió Busto á escribir al comandante de Pasig para que le enviara refuerzos. Este respondió no poderle complacer por tener toda la fuerza destinada á la defensa del pueblo, amagado por el enemigo; el cual, á pesar de haber sido rechazado tres veces por aquellos valientes, haciéndoles bastantes bajas, penetró en el mismo, matando á algunos naturales en sus casas, haciendo estragos en los ganados y robando las alhajas de las iglesias y conventos.

Entre los prisioneros hechos por el enemigo lo fué el Rey de Joló y su hijo Israel, quienes se portaron como bravos

y con más honra que algunos de los españoles que allí pelearon.

El enemigo se atrincheró en el convento así como en los sitios en que podía recelar algún daño, para asegurar la entrada de víveres en la plaza y para desde este pueblo hacer expediciones así á Bulacán como á La Laguna, por donde tenían noticia de que se hacía el desembarco de la plata del *Filipino*.

El 10 hicieron los ingleses una salida de la plaza para Maysilo, hacienda de los Padres Jesuitas que dista legua y media, con objeto de copar unos dos mil indios pampayos que el Oidor Anda había enviado allí mandados por religiosos Agustinos.

Llevaban los enemigos varios cañones, así que en cuanto estuvieron á la vista les hicieron un fuego tan nutrido que los pampayos con los religiosos tuvieron que huir, y hubiera quedado la hacienda en poder de los enemigos, si Busto que se hallaba inmediato á este sitio con algunos indios y mestizos que había recogido

de las rancherías, no hubiese ocupado los pasos precisos para ello, y así con sus disparos como con las flechas de los indios les hizo tanto daño que se vieron precisados los ingleses á retirarse á la plaza sin orden ni concierto, dejando muchos muertos en el campo.

El día 23 se supo que en el pueblo de Guagua, de la provincia de Pampanga, se habían levantado contra el Oidor novecientos sangleyes, los unos vecinos de dicho pueblo y los otros de otras provincias, en connivencia con otros que habitaban en Manila, pasando todos de cinco mil. Habían acordado matar á éste y quitar la vida á todos los españoles que habían salido de la plaza en la noche de Natividad.

Anda, que se encontraba en Bacolor, tuvo noticia de esto por un indio á quien con el mayor sigilo se lo habían comunicado, é inmediatamente, sin perder un momento, pasó á Guagua acompañado de su escribano, de D. Joaquín Gamboa y de un cirujano que después lo fué del

Ejército, D. Miguel Manjarres, del núcleo de sus soldados y de los indios cagayanes, todos armados de fusiles, encontrando á la llegada á los dichos sangleyes fortificados en un fuerte con varios cañones pequeños, fusiles y lanzas, los cuales al acercarse el Oidor lo recibieron con una descarga.

Este mandó atacarles por todos lados á un tiempo, acometiéndolos de tal manera que á pesar de la fuerte resistencia que hicieron, murieron ciento y tantos sangleyes, habiéndoles cogido otros tantos prisioneros que al mandarlos á Bacolor fueron todos pasados á cuchillo. Lo mismo se hizo con 71 que se cogieron en las inmediaciones, huyendo los demás á los montes para salvar sus vidas, pues la orden del Oidor era matarlos donde se les encontrase.

Se les cogieron once barriles de pólvora, muchos fusiles y nueve mil pesos, calculando llevarían más de ochenta mil en ropas, dinero y oro labrado, pero los indios se encargaron de hacer desaparecer todo esto.

Dicha conjuración sin duda salió preparada de Manila por los ingleses, pero como se ha visto quedaron frustrados sus planes.

El día 13 pasó Busto á Bulacán, llamado por el Oidor Anda, pero no pudo verle por haber salido éste por los contornos á reclutar gente.

En este pueblo se tuvo noticia de que los enemigos habían mandado un destacamento de caballería y veinticinco hombres de infantería al cementerio de la iglesia que les servía de trinchera para los cañones de la plaza, importante para los españoles por tener este resguardo; por lo cual, Busto con treinta fusileros que habían ido del regimiento fijo de Manila, unos cuantos indios y unos religiosos Recoletos, acometió al cementerio, desde donde le hicieron un fuego vivísimo, logrando desalojarlos y que dejaran abandonadas varias alabardas y mochilas.

En la plaza se produjo gran confusión con esto, disparando varios cañonazos y saliendo en contra de Busto doscientos

soldados de caballería, varios de infantería y algunos sangleses con arma blanca. Este los esperó á pie firme, pero el ataque fué tan rudo que se desunieron los suyos marchando por diversos lados, y teniendo Busto que retirarse acompañado sólo de un fusilero, después de recibir un balazo en una pierna, y estando para perecer en un terreno cenagoso sin la ayuda de unos indios que le salvaron.

En este desastre quedaron prisioneros un alférez y un francés que se había unido á la fuerza de Busto, al cual ahorcaron en la plaza.

Volvió Busto á Bulacán por la noticia que se le dió de que los indios andaban sublevados queriendo matar al Alcalde Mayor, pero lo mismo fué llegar que se calmaron del todo por el mucho respeto que infundía en ellos su presencia. Contentáronse por entonces con no dejar en paz los vivanderos, haciéndoles creer que venían de pronto los ingleses, y al huir despavoridos abandonaban sus vituallas, que eran aprovechadas por los indios.

Los ingleses supieron por sus espías, que siempre los tenían muy buenos y bien pagados, que en Bulacán se iba formando un plan de fortificación y se reclutaba tropa, por lo que, ayudados del traidor D. Santiago de Orendain, determinaron mandar una expedición compuesta de cuatrocientos soldados europeos, trescientos cipayos, seiscientos sangleyes con arma blanca y quinientos faginantes que embarcaron en cinco *champanes*, una galera, una balandra y veinticinco embarcaciones menores con los demás pertrechos de guerra. Desembarcaron el 17 de Enero en el pueblo de Malolos, dejando en la iglesia y convento de dicho pueblo setenta fusileros, á pesar de no ser el camino más corto para Bulacán.

Llegaron á un puente llamado Marisantos, que estaba situado á una milla escasa del convento de este pueblo, en cuya iglesia y patio se hallaba atrincherado el Alcalde Mayor con unos setenta españoles y como mil quinientos indios de va-

rios pueblos, cinco cañones con calibre de á dos, tres de á cuatro, uno de á seis y algunos pedreros.

Los enemigos se dividieron en tres columnas para poder acometer, y así poco á poco fueron ganando terreno, haciendo un vigoroso y continuo fuego; pero no pudieron penetrar en el patio de la iglesia por la resistencia hecha por el Alcalde Mayor, y eso que desertaron una porción de indios, dando esto lugar al enemigo para reponerse y para que por segunda vez intentase penetrar en ella; pero fueron también rechazados.

Busto, con su gente y algunos adictos, hizo fuego al enemigo por la parte del puente, matando muchos de los que formaban los piquetes.

Viendo los ingleses que no podían volver á Malolos donde dejaron una pequeña guardia para resguardar su retirada, por tenerles Busto cortados los pasos, resolvieron acometer por tercera vez al convento.

El Comandante Slay, que mandaba la

fuerza, marchaba á su frente avanzando á pesar de las descargas que se le hacían desde el patio. Los españoles tuvieron la desgracia de perder á D. Agustín Parra, que era el jefe de la artillería, muerto de un balazo, no quedando con esto quien dirigiese el fuego de cañón, teniendo por defensa únicamente la fusilería y flechas. El Alcalde Mayor D. Francisco Cavada, con el Padre Fray Agustín de San Antonio, que fué el religioso que acompañaba á Bustos, y treinta soldados acometieron al enemigo en la puerta y lo rechazaron.

Los enemigos intentaban penetrar por la de la iglesia y les sucedió lo mismo, y como los de las ventanas hostigaban á los del patio, volvieron á entrar por la puerta de éste en el momento en que á los de adentro se les acababa la pólvora, continuando la resistencia espada en mano.

Al dicho Alcalde Mayor lo encontraron al entrar los ingleses moribundo, acabándole de matar de un lanzazo; lo

mismo hicieron con el religioso Recoleta y otros españoles; algunos de los heridos lograron refugiarse en un desván del convento, y al ser cogidos por el Comandante Slay los entregó á los sangleyes, los cuales les quitaron la vida, después de hacerles pasar indecibles tormentos. Sólo dos pudieron sustraerse á este suplicio arrojándose al río y pasándolo á nado.

Hechos dueños los enemigos del convento el día 20, Busto, con una porción de indios pampangos, de orden del Oidor Anda, empezó á poner cerco á Malolos.

Ayudado de algunos españoles distribuyó su gente alrededor del convento, arremetiendo con tanto valor y fuerza que desalojó á los sesenta hombres que lo ocupaban, muriendo varios y huyendo los demás á Bulacín, amparados por un piquete que salió de la plaza.

También puso cerco á este pueblo, aprovechando tres mil indios pampangos que á este fin le mandó el Oidor. Empe-

zó por inquietar á los enemigos, que no habían salido del convento de este pueblo sin que se retiraran destrozados, poniéndoles en tal estrechez que no podían alejarse de él, hasta el punto que viéndose cercados y que no podían evitar los destrozos que Busto les causaba, determinaron el día 8 abandonar aquel sitio y retirarse á Manila, perdiendo mucha gente en la retirada.

Enterados los ingleses por medio de sus espías que á dos leguas de la plaza, en el pueblo de Polo, se hallaba Busto, salieron en su persecución con quinientos hombres, pero cuando llegaron había ya podido marcharse.

Después que los ingleses abandonaron Bulacán retirándose á la plaza, el Oidor Anda nombró á Busto Alcalde Mayor de esta provincia y Teniente de Gobernador por su indiscutible mérito.

Así que tomó posesión estableció capitanes en todos los pueblos, separó los sospechosos ó los que no eran de su absoluta confianza, recogió las armas de

fuego que estaban en poder de los indios, castigando con el mayor rigor á los desleales y premiando á los adictos, levantó horcas en los pueblos, donde pagaron muchos sus delitos, trabajó incesantemente para recoger soldados que habían sido del Regimiento de Manila que andaban dispersos y también varios desertores de la plaza, vistiéndolos y armándolos con bastante trabajo y muchos dispendios.

Logró formar un contingente de ciento sesenta hombres montados entre españoles é indios pampangos armados con terceroles, trabucos y algunas pistolas, con más de setenta con lanzas.

Éstas armas y estos hombres fueron todo lo que Busto pudo reunir, dándoles los religiosos Agustinos dos estancias donde poder tener reunidas dichas armas, dejando para custodiarlas un retén de tropa fiel á la causa de España.

Una vez ya dispuesto, se trasladó á Malinta, hacienda también de los Padres Agustinos, situada á una legua de Mani-

la, llevando consigo cien indios flecheros, tres cañones de calibre de á dos y de á cuatro y dos reforzados, con cartuchos, balas y metralla para treinta tiros los unos y cincuenta los otros, consiguiendo todo esto á fuerza de muchos pesos.

Busto recibió del Oidor la orden para esta expedición con motivo de haber sabido que los enemigos preparaban una para La Laguna con el fin de apoderarse de la plata que llevaba el navío *Filipino*, que debía desembarcarla en aquel sitio, y de este modo les llamaba la atención hacia la plaza, como en efecto sucedió, pues en cuanto supieron la formación de este pequeño cuerpo de ejército, y viendo se hallaba tan inmediato y que en los barrios y cercanías de Manila quedaban varios piquetes que les impedían el menor sosiego hasta el punto de tener que cerrar las puertas de la ciudad y haber tenido que entrar sin coche el Preboste por habérselo quitado los dichos piquetes y trasportado al campo de Malinta,



el Gobernador tuvo que dar orden á toda su tropa para que inmediatamente entrara en la plaza.

Busto, con orden del dicho Oidor, se apoderó de las campanas de algunos pueblos para fundirlas haciendo con ellas cañones, único arbitrio que existía en aquella isla por escasez de metales. A esto le ayudó, quitando muchas y mandándolas escoltadas con indios al campo, el capitán de Artillería D. José Azpiroz, que con nueve oficiales del cuerpo y veintisiete artilleros se incorporó á Busto, saliendo de la plaza al saber la orden del Gobernador mandando que en el término de veinticuatro horas fueran conducidas á Manila todas las campanas de los pueblos y barrios inmediatos que estuviesen bajo el alcance del cañón. Busto se quedó protegiendo esta operación y preparándose para contener al enemigo si se aventuraba á salir de la plaza, como en efecto sucedió, aunque éste quedó rechazado por el vivísimo fuego que recibió de las tropas de Busto.

Mientras esto sucedía pudieron salir de la plaza ciento cincuenta europeos y unos dos mil sangleyes, dirigiéndose al pueblo ó barrio de Quiapo, donde mataron dentro de las casas varios indios y trece en la iglesia, la cual profanaron y saquearon, llevándose los vasos sagrados y arrojando al suelo las formas. Hirieron al cura y le amarraron con intención de llevarlo á la plaza, lo cual no pudieron conseguir, porque al oír Busto la gritería que armaron volvió atrás, y arrojándose sobre ellos les hizo trescientas bajas en los sangleyes y diecisiete en los ingleses, sin poder precisar las que ocurrieron con motivo de haberse tirado al río gran parte de ellos, ahogándose muchos y retirándose al patio de la iglesia de Santa Cruz algunos, donde formados y rehechos algún tanto se dirigieron al camino por donde Busto había de pasar.

Pudieron hacer los nuestros este estrago porque los indios en cuanto se vieron auxiliados tomaron valor, ayudando á Busto con el mayor esfuerzo. Este liber-

tó al cura mandándole al campo de Malinta, hacia donde emprendió su retirada con bastante trabajo, pues le acometieron en la oscuridad de la noche ciento cincuenta hombres de caballería é infantería y tuvo que meter espuelas á su caballo para librarse de caer en su poder.

El capitán Borda que le acompañaba no pudo dominar su caballo que desbocado entró en el campo enemigo, y aun cuando al verse perdido se rindió, no le dieron cuartel, fusilándole al día siguiente. Busto reorganizó sus fuerzas y formó una compañía más, llamada «La Invenible», con objeto de auxiliar siempre á las demás tropas, en la cual se alistaron nuevamente un oficial y treinta soldados, llevando como distintivo una escarapela verde.

Al mismo tiempo que estos leales se organizaban hostilizando constantemente al enemigo, el Oidor Anda formó una compañía de Dragones del Príncipe en la Pampangá, compuesta de ciento veinte hombres, vecinos todos de Manila,

que andaban dispersos por los pueblos, alistándose como soldados rasos muchos que habían sido oficiales, sin querer tomar por esto retribución alguna.

Llenos de entusiasmo, se aplicaron al ejercicio militar y se acuartelaron en Guagua para custodiar los barrios y entradas de la provincia.

Con el mismo fin formó una brigada de artillería, habiéndose presentado para ingresar en ella muchos prácticos en este ejercicio que se apoderaron en seguida de las trincheras que se construyeron en el pueblo de Macaveve, cerca de Guagua.

Levantó también dos compañías de marineros para destinarlos á las embarcaciones que se hacían para cruzar dichas barras. En todo esto era auxiliado por el gremio de carpinteros, que día y noche trabajaban.

Se destinaron al cuidado de las mencionadas barras algunas compañías de indios flecheros; se establecieron almacenes, oficinas y hospitales en todas las partes que se podía, así como también se

organizaban las fundiciones para morteros y cañones y las fábricas para salitre y pólvora.

En fin, no dejó el Oidor Anda de dar cuantas providencias consideraba útiles en servicio de su soberano.

El gran mérito del Oidor fué reunir en tan poco tiempo tantos elementos, teniendo en cuenta que á su salida de Manila carecía de los más débiles recursos, así como su gran don de gentes, pues se iba atrayendo á cuantos se ponían en relación con él, no sólo españoles sino también los habitantes de las islas.

Llegó el caso de no tener con qué pagar la tropa, pues varios caudales del Rey se habían ocultado en los montes, y en mucho tiempo no pudo el Oidor disponer más que de quince mil pesos que el Provincial de la Compañía de Jesús había sacado de la plaza.

En el mes de Mayo fueron condenados por Anda á la horca dieciseis espías, habiéndose cumplido la sentencia en los pueblos inmediatos al Real de Malinta.

También mandó esconder en los montes de la Pampanga la plata que de su orden se mandó retirar del *Filipino*, como ya se ha dicho antes.

En el mes de Junio continuó la tropa cerca de dicho Real de Malinta, haciendo de cuando en cuando sus correrías contra el enemigo.

El día 12 recibió el Oidor la noticia de la muerte que dieron dos fieles vasallos, auxiliados por los vecinos de algunos pueblos, á un traidor llamado Silán, en la provincia de Ilocos.

Este señor había sido nombrado por los ingleses Alcalde Mayor; favorecido del no menos traidor Orendain con quien tenía estrecha amistad, había hecho prender al Obispo Ustariz y á los religiosos Agustinos que administraban la provincia, y el mismo día en que le quitaron la vida había dado la orden de matar al Obispo y dichos religiosos.

Con su muerte quedaron sosegados los indios y prestaron su obediencia al Rey de España.

Se le cogieron varias cartas, entre las que figuraba la dirigida por el Gobernador inglés de Cavite, que decía así: «Señor D. Diego Silán. Muy señor mío: El Sr. Gobernador se me presentó ayer con la carta que vuestra merced fué servido enviarle, en que vuestra merced promete fidelidad al Rey de la Gran Bretaña, mi amo. Puede vuestra merced creer, señor D. Diego, que me fué de especial gusto y grande regocijo, tanto que me determinó á despachar uno de los navíos de S. M. debajo de mi comando para asegurarle á vuestra merced mi protección y ayuda en el nombre de mi amo contra el enemigo común.

»Me han sido sensibles las muchas injusticias que vuestra merced ha padecido bajo del tirano gobierno de los españoles, pero me es muy gustoso saber que vuestra merced ha abierto los ojos y que se esforzará á animar á su gente á humillar la soberanía de tan cruel nación. Por motivos de esta naturaleza el Rey mi amo sacó la espada en defensa de sus vasallos

y de otras naciones sus aliadas, que padecían el azote de la tiranía española en diferentes partes del mundo; puede vuestra merced estar seguro de la atención del Rey mi amo cuando sabe de la fidelidad de vuestra merced las injurias que vuestra merced y muchos compatriotas han padecido de la mano de quien debe de haber protegido y aliviado. El Sr. General que S. M. despachó unido con el Sr. Almirante ya ha vuelto de parte de la conquista de estas islas, y va bien instruído á representar á S. M. todo lo favorable á los naturales de ellas. El Sr. Almirante se fué con la mayor parte de la escuadra para proteger los dominios en la costa y en la india, y me ha dejado para completar la conquista con los navíos que tengo y los que vendrán de refuerzo, y me dejó particularmente encargado de cultivar buena armonía con la provincia de Ilocos y demás provincias. Siento no hacerle ahora una visita por mis ocupaciones, pero puede vuestra merced estar cierto que estaré muy vigilante por el bien auxiliar

á vuestra merced. Brevemente tendrá vuestra merced tropa y municiones de guerra; este despacho va á asegurar á vuestra merced nuestra amistad, la satisfacción que tengo de la carta y de su fidelidad, y para que vuestra merced lo comuniqué á toda la gente, particularmente á la de bajo vuestro comando. Remito á vuestra merced en prueba de cariño un cañoncito de bronce. Espero en breve que las provincias de Pangasinan y Caganya seguirán su laudable ejemplo y quitarán las cadenas y la esclavitud española. También remito á vuestra merced juntamente el bando publicado por los dos generales de mar y tierra al tiempo de triunfar de nuestros enemigos; de mi parte yo se lo aseguro de cumplirlo religiosamente, y convido que cuando los tiempos permitan puede vuestra merced despachar sus embarcaciones á esta capital donde serán bien recibidas y pondré guarda costas para la seguridad de su comercio. El portador de ésta es el capitán por S. M. B., é informará á vues-

tra merced de particularidades, y así no me alargo más, sino para repetir con la sinceridad que acostumbro, que emplearé todas mis fuerzas en su defensa, y no cesaré de rogar á Dios Nuestro Señor guarde á vuestra merced dilatados años. Manila y 6 de Mayo de 1763. B. L. M. de vuestra merced su afecto amigo y servidor, Breton. Al Sr. D. Diego Silán, Alcalde Mayor y capitán de guerra por S. M. B. de la provincia de Ilocos.»

IV

El Oidor Anda, teniendo en cuenta el fatal estado en que se encontraba el presidio de Zamboanga por no estar bien asistidos los soldados de su guarnición, y no teniendo tampoco gran confianza en el Gobernador por su corta experiencia, nombró á D. Pedro Yame (1) para este destino con un Sargento Mayor, y le remitió instrucciones para la defensa y custodia de aquel establecimiento.

Con la llegada de los ingleses, cipayos y sangleyes de La Laguna á Manila y

(1) Cuando llegó Yame (á quien hicieron su prisionero los moros y lo rescataron los PP. de la Compañía de Jesús), ya había estado en Zamboanga un navío y una fragata de los ingleses, á quienes hice retirar D. Ignacio Andrade, su gobernador, sin embargo de haber hecho fuerza para que se rindiese el presidio, el cual también halló socorro por dichos PP. Jesuitas, los que suplieron algunos pesos para diario de la guarnición. (Rodríguez Oralle, sitio de Manila 1763).

con los que salieron de Pasig y Cavite, hicieron el mayor esfuerzo para destruir las fuerzas que estaban en Malinta, y el día 26 á las cinco y media de la mañana se presentaron á tiro de fusil de este campo trescientos cincuenta hombres de caballería é infantería, mas la compañía de invencibles, guiados por un práctico. Busto tenía bien colocados sus centinelas, por lo que, á pesar de la gran lluvia recibió á tiempo el aviso, preparándose con más de tres cuartos de hora antes de la llegada del enemigo.

En este corto tiempo trabajó con tanta actividad y dispuso tan bien su gente, que en siete horas no cesó el vivísimo fuego por ambas partes, supliendo Busto con su inteligencia y conocimiento del terreno la desventajosa posición que relativa al enemigo ocupaba, pues éste estaba resguardado por grandes arboledas, de tal manera que habiendo mandado una sección de caballería para cortar á los ingleses la retirada á la plaza, y á pesar de tener la desgracia de que les

desmontasen tres cañones, obligó á los enemigos á abandonar el sitio, ganándole mucho terreno, batiendo á una sección de tropa que venía en su ayuda, y haciendo que huyeran todos, dejando en el campo ciento cincuenta muertos, la mayor parte sangleyes.

Los enemigos intentaron retirarse á la plaza, pero como encontraron los pasos obstruídos por la tropa de Busto, no pudieron lograrlo y tuvieron que quedarse en la casa de Maysilio, hacienda de los PP. Jesuitas que estaba ya arruinada, haciéndose allí fuertes. Fueron hasta aquí seguidos por varias fuerzas leales al mando del comandante D. Luis Sandoval, hasta que de orden de Busto éstos se retiraron, pero cogiéndoles varios pertrechos de guerra. Murieron en la anterior acción setenta soldados y varios oficiales, habiendo retirado muchos heridos.

Los indios del pueblo de Colocan mataron también setenta sangleyes de ciento que conducían una expedición con víveres al enemigo.

Los oficiales y soldados, sin acordarse de la fatiga del día anterior, instaron para que se les permitiese acometer la casa de Maysilio, pero Busto no se lo consintió y mandó se dividiesen en varias secciones para, oportunamente emboscados, impedir al enemigo la retirada á la plaza, comprendiendo que no dejarían de intentarlo aquella misma noche, pero como ya hemos dicho que tenía el enemigo muy buenos espías que conocían perfectamente todas las veredas y atajos, aprovechando un fuerte aguacero y la oscuridad de la noche, abandonó dicha hacienda antes que Busto con sus tropas pudiera impedirlo.

El día 27 se presentó éste delante de la casa de Mayfáligue, situada á un tiro de cañón de la plaza, retando á los enemigos á que salieran de ella, pero viendo que cerraban todas las puertas se retiró á Malinta, cuya casa mandó quemar, y destruir todas las trincheras, estableciendo su cuartel general en Maycavayan, distante una legua de allí, sitio sumamente

estratégico para llevar á cabo su proyecto.

A todo esto empezaba á sentirse en todos lados los efectos del hambre, por lo que el Oidor Anda concedió á los indios muchas tierras para aumento de sus sementeras.

En los días 14, 15 y hasta el 26 de Junio hubo pocos encuentros entre los españoles y el enemigo; el Oidor despachó un destacamento de veinticinco dragones, alferez, tambor y ocho artilleros para incorporarse con las demás tropas que se hallaban custodiando la plata escondida del navio *Filipino*.

Creyendo que el enemigo trataba de hacer alguna nueva expedición, se empezó el sondeo y reconocimiento de todas las barras, reforzándolas con quinientos indios pampangos.

El Arzobispo comunicó á Anda la orden que le habían trasmitido los ingleses sobre la suspensión de armas, pero éste le contestó que hiciese saber á los enemigos que sólo con él, como Go-

bernador de las islas Filipinas, debían entenderse.

Los ingleses, que por varios mensajeros dieron á comprender sus deseos de obtener la dicha suspensión, intentaron pedir pasaporte al Oidor para pasar á tratar con él sobre este punto, pero sospechando el mismo que se trataba á su sombra de reconocer el terreno de la Pampanga, se desentendió de esta pretensión; mas un religioso Agustino Recoleta, de quien se valieron para entrar en tratos con Anda, al verse desairado por él no quiso comunicárselo á los ingleses y fingió una correspondencia entre ambos, que transmitió á estos últimos, hasta que noticioso el Oidor de tal superchería dió parte al Provincial de la Orden, el cual extrañó al fraile del convento, mandándole á una de las provincias.

El vecindario de Manila, viendo la resistencia del enemigo á tratar sobre la suspensión de armas con el Oidor, se presentó al Consejo pidiéndole no se entendiese para nada con el Arzobispo,

pues no reconocían más Gobernador de las islas Filipinas que el dicho Oidor Anda, lo cual le indispuso del todo con aquél.

A principios de Septiembre tuvieron lugar algunas escaramuzas entre la tropa española y algunas guardias del enemigo que estaban situadas extramuros de la plaza. En vista de esto dispuso el Oidor estrecharlos, para cuyo fin bajó al Campo Real de Polo, que dista tres leguas de ella, y situándose allí empezó á organizarse mandando fundir varios cañones y morteros y estableciendo un nuevo molino de pólvora. Quitaron los indios de una galera que tenían los enemigos arriada á los almacenes de Manila diez falconetes de á cuatro y sesenta balas de su calibre que llevaron al campo de Polo, donde Busto los esperaba para hacerse cargo de la presa. Se pasó revista general en Guagua, se reforzaron las trincheras y se cerraron algunos hornos.

Como había ya bastante confianza con la tropa, pues con su organización y dis-

ciplina se hacía acreedora á ello, se destacaron algunas fuerzas á Bacolor para custodiar los almacenes, oficinas y especialmente el cuartel general del Oidor, que hasta este momento no quiso ocupar en su custodia ni un solo soldado.

También tuvo éste la suerte de descubrir una mina de plomo y mucha abundancia de salitre, por lo cual se montaron fábricas para aprovechar todo esto.

En la provincia de Cagayan ahorcaron á treinta y cinco partidarios de Silan por el Comandante D. Manuel de Arce, el cual pasó á Ilocos, donde empleando también medios de vigor, pacificó todo este territorio, secundando las órdenes recibidas del Oidor.

El día 3 de Noviembre, víspera del santo del Rey, hubo luminarias y festejos, y se mandaron al campo de Polo dos cañones de á seis y cuatro morteros de seis pulgadas. Se hizo una función solemnísimá en la iglesia de Balacor, asistiendo al besamanos todos los españoles, los capitanes y principales indios de las

provincias; se hicieron las salvas de ordenanza y dió el Oidor un gran banquete.

Habiéndose sabido que había en la provincia de Batangas cierta inquietud promovida por indios descontentos, se mandó allí á D. Pedro Gaztambide, el cual consiguió detener el movimiento, castigando á muchos de ellos. Un indio levantado en la provincia de Cavite bajo el apodo del *Rey Flaco*, con un compañero suyo llamado Uqui, cometieron bastantes tropelías, profanando los vasos sagrados y objetos del culto de las iglesias, pero perseguido por las fuerzas del Oidor se dió á la fuga con su compañero. No descuidó tampoco Anda la custodia de los caudales producto del navio *Filipino*, como hemos dicho antes, y en efecto, las providencias que tomó fueron tan eficaces que jamás pudleron saber los enemigos á punto fijo dónde estaban dichos caudales.

Llegó un navio inglés con noticias de la paz, pero sin documento alguno. En él venían algunos soldados prisioneros

que llevaban de Manila á Madras, los cuales, de un modo ingenioso que merece contarse, huyeron al campo de Polo á incorporarse con las demás tropas leales. Pidieron permiso al Comandante inglés para hacer la representación de una comedia en el fuerte de San Fernando, extramuros de la plaza, donde estaban presos; allí hicieron un conducto por debajo de tierra que estaba oculto por las cortinas del teatro, y mientras todos estaban entretenidos en la representación, se fueron saliendo por el dicho conducto uno á uno sin que se apercibieran de esto los enemigos hasta que no quedó ninguno de ellos (1).

El día 20 desembarcaron en el pueblo de Odiong ciento cincuenta ingleses y cipayos con un oficial y el Preboste, alojándose en el convento bajo pretexto de buscar víveres, pero habiendo tenido noticia de esto los Dragones de Guagua, les hicieron retirar á la plaza tan precipitadamente que muchos se arrojaron al

(1) Rodríguez Ovalle.

agua por poder llegar á sus embarcaciones, dejando en dicho convento abandonados cuantos víveres y demás efectos habían adquirido.

Una acción tuvo lugar al tratar de ir á La Laguna los ingleses para suministrar á la plaza de Manila víveres, pues había escasez de ellos.

Salieron cien hombres en embarcaciones pequeñas, pero armados en guerra, y desde ellas hicieron un fuego tan grande á la compañía española que había salido para hostilizarlos, que murió el alférez de la misma y huyó el capitán, quedando solo el teniente Arrevillaga, que demostrando un valor sin igual persuadió á sus pocos soldados que era preferible la muerte ó vencer á volver vencidos al campo de Polo, y sostuvo la acción con tanto denuedo que hizo retirar á los enemigos con pérdida de muchos de ellos. Los indios Bojolanos, viendo á los españoles á cuerpo descubierto en la playa, se pusieron delante de ellos rodilla en tierra y rodela en mano, formando una

trincheras con sus cuerpos que les sirvió de un total resguardo.

El Oidor tuvo que mandar ciento cincuenta hombres de infantería, varios caballos y dos cañones de campaña á la provincia de Pampanga, que se compone de veintisiete pueblos, pues el día 16 se alzaron nuevamente los indios de dicha provincia en número de doce mil, atrincherados en el primer pueblo con algo de artillería y fusilería; pero acometidos primero por la caballería y después por la infantería, huyeron inmediatamente á los montes como esperaba el Oidor.

También dejaron libres en esta huída al Alcalde Mayor de Pampanga que con D. Ignacio Barzola y sus dependientes estaban cercados en la torre de un convento hacía cuatro días.

Mucho padeció toda esta provincia, siendo el núcleo de varias conspiraciones contra los españoles de acuerdo con Silan y auxiliados por los ingleses, pero el Oidor con gran prudencia siguió una política de atracción, hasta el punto de

conceder el perdón á todos los indios que se le presentaban, sin darles más trabajo que la obligación de volver á construir las casas que al irse el enemigo quemaba por costumbre.

Los indios, unidos con los forzados de una balandra inglesa, mataron al piloto y trece cipayos que con una mujerzuela estaban á su bordo. En estos días no hubo más novedad que la llegada á Manila, procedente de Cantón, de una barca inglesa que dió la noticia de haber arribado á este puerto con objeto de comprar vestuario y hacer provisiones un *champán* que con pliegos para el Rey mandaba el Oidor Anda, y un triste y lamentable suceso, cual fué la muerte dada por los ingleses, enterrándole debajo de la horca, á un religioso Agustino que se había vuelto loco y vociferaba desde la muralla en favor del Rey de España.

El Arzobispo Sr. Rojo falleció el día 30 de Enero, lo que contribuyó á que los ingleses mudaran de táctica, reconociendo por Gobernador general de las islas

Filipinas al Oidor Anda; esto sirvió para reanudar los tratos para conseguir la suspensión de armas, enviando al mismo varios comisionados con este objeto.

El Oidor creyó entender que la paz estaba acordada entre la Inglaterra y España, y que aprovechándose de esto querían los ingleses conservar Manila. Entre tanto se aseguraba de este hecho, les propuso la inmediata evacuación de la plaza y les señaló sitio para su residencia fuera de ella, pero no accedieron y cometieron fuera de la plaza infinidad de tropelías, corriéndose á Cavite, donde saquearon las iglesias y nada de valor dejaron en las casas.

En esto llegó de Cantón un *champan* con la Real orden para la suspensión de armas que fué entregada al Oidor. Dicho *champan* la había recibido de un barco francés que tenía encargo de pasar á Manila con este objeto, si antes no encontraba medios de hacerla llegar.

El Oidor señaló el pueblo de Tamboboug para el congreso que había de te-

ner lugar á fin de cumplimentar la Real orden, no habiendo ocurrido en estos días más que una colisión entre comisarios españoles é ingleses en Pasig, donde murieron dos de éstos, y en el pueblo de Binondo un oficial inglés que quemó un barrio de casas. El 28 mandó el Oidor á la plaza el pliego conteniendo la Real orden para la suspensión de armas.

El día 2 de Marzo acudieron al congreso los comisarios nombrados por ambas partes, pero antes de convenir en los artículos para dicha suspensión se presentó en la bahía un navío inglés con la orden de su gobierno para la evacuación de la plaza, retiro y embarque de las tropas inglesas, por lo cual no tuvo lugar este congreso, retirándose los que lo componían el día 9. Sin pérdida de tiempo el Oidor facilitó el cumplimiento de esta orden y suministró de víveres á los ingleses.

Ocupados con estas diligencias, recibió carta del teniente del Rey D. Francisco de la Torre que venía en la fragata *San-*

ta Rosa (1) llegada á Bacolor, anunciándole su llegada con pliegos de S. M. Católica.

Abiertos dichos pliegos y en virtud de orden de S. M. C., tomó posesión del Gobierno dicho teniente de S. M., remitiéndose también á la plaza los pliegos de S. M. Británica.

Bajó el nuevo Gobernador al campo de Polo y el día 21 de Mayo reconoció los extramuros de Manila y se retiró á dicho campo hasta el 24 que se acercó con toda la tropa y artillería, aposentándose en el barrio de Santa Cruz.

Los ingleses entregaron el 26 el fuerte de San Antonio y el 28 el fortín; tuvieron varios altercados entre ellos, pues ni Bretón ni Baens podían ponerse de acuerdo con el Gobernador Drake, á quien tuvieron que prender y mandar á uno de los navíos: de esta manera se consiguió que los ingleses evacuaran la plaza, saliendo el 20 toda la tropa de Manila.

(1) Véase la carta del Sr. Ovalle al Marqués de Cruillas.

El día 31 entró la tropa española en la plaza, enarbolando el estandarte real; cantóse un *Te Deum* en la Catedral y se hizo triple salva con la artillería de Polo.

Habiendo caído gravemente enfermo el nuevo Gobernador, entró en Manila al frente de las tropas, tomando posesión de ella el Oidor Anda, acompañado de D. José Pedro de Busto.

Acabado este acto, dió un banquete en Santa Cruz á los Comandantes ingleses.

Por librarse del castigo que les amenazaba como traidores, se embarcaron con sus familias D. Santiago de Orendain, Fallet y un tal Sierra Alta.

El día 1.º se hizo á la vela un navío en que iba el Gobernador Drake, sin haber logrado que obedeciese al Comandante inglés, y sin que el navío se detuviera á las señales que por el mismo se le hicieron con este objeto.

De los sangleyes, temerosos del castigo y desconfiados del perdón que se les concedía y así se había publicado, huyeron á Cavite unos dos mil, pero se queda-

ron muchos avecindados en el Parian.

También huyeron unas cuatrocientas mujeres de mal vivir que quedaron abandonadas por la marcha del ejército inglés.

El Rey de Joló huyó también aprovechándose de un navío de la Compañía de la Factoría inglesa mandado por el fundador de la misma en el territorio de Joló, Mr. Lasimple.

El día 4 dió Bretón á bordo de su navío un banquete al Oidor Anda y demás ministros, así como á Busto y algunos vecinos. Durante él, no cesaron los elogios sobre la conducta del dicho Oidor, pidiéndole Bretón aceptase como pequeño recuerdo de él dos pistolas de arzón muy artísticas, suplicando le mandase y ordenase pues tenía en mucho poder servir á un tan gran hombre. Fué el Oidor saludado con diez y nueve cañonazos en el momento de su salida del navío.

Por la noche tuvieron los ingleses la desgracia de que se quemase una fragata en Cavite, perdiendo 43 hombres.

El día 9 hizo su entrada en la plaza el nuevo Gobernador, pero como no existían monturas ni arreos necesarios para entrar á caballo por habérselos llevado los ingleses, le hizo en coche contra lo establecido.

Al siguiente día zarpó la escuadra inglesa á la vela, á excepción de la Comandanta que salió el 11, no quedando en la bahía más que unos cuantos *champanes* y galeras para el transporte de moros á las inmediaciones.

Muchas bajas realmente se hicieron al enemigo durante esta campaña. Hay que tener en cuenta que los indios de los barrios y pueblos aprovechaban el menor descuido de los soldados ingleses para asesinarlos, y en cuanto encontraban un soldado aislado ó ebrio acababan con él y lo enterraban. También tuvieron muchas pérdidas los sangleyes, pues no bajarían de dos mil muertos en las diferentes acciones, pudiendo calcularse en mil los de los ingleses y alrededor de doscientos los españoles.

Conviene manifestar las fuerzas con que contaba el Oidor antes de entregar el mando al teniente de S. M. C. D. Francisco de la Torre, así como haremos una ligera reseña de los gastos originados al frente de este ejército.

De infantería tenía doce compañías compuestas de mil trescientos setenta hombres, incluidos doscientos veintitres entre desertores ingleses, franceses y cipayos; dos compañías de caballería con doscientos noventa y tres hombres, cien españoles y ciento noventa y dos indios cagayanes, incluso cincuenta con fusiles, otros cincuenta con trabucos y los demás con lanzas.

Ciento cincuenta dragones de caballería del Príncipe.

Doscientos ochenta y un artilleros, entre ellos algunos desertores extranjeros, armados la mayor parte con sables, y algunos, los menos, con fusiles.

Cien indios mandados por el Coronel indígena D. Santos de los Angeles, sesenta de infantería con fusiles y cuarenta

de caballería con armas de fuego cortas y lanzas.

Trescientos comisarios de caballería é infantería indios, así como algunos mestizos, armados con fusiles la mayor parte y los otros con flechas. Estos servían generalmente para guarda de las costas y para impedir la entrada de víveres en Manila.

Tres indios bojolanos con lanza y rodela, quienes se habían juramentado para responder de la vida del Oidor, del cual no se separaban.

Cuatrocientos indios visayos, gente muy esforzada y habilísima en el manejo de la flecha, y así también se distinguieron los de la provincia de Batanga.

En los pueblos inmediatos á Polo estaban alistados por compañías dos mil indios y mestizos, prontos siempre para el momento que se les llamara, y además de todas estas tropas había un gran número de ellos empleados en las barras y demás sitios donde convenía, sin incluir los muchos que también estaban destinados en los astilleros y oficinas.

Los gastos ocasionados por dicho Oidor en todo el tiempo de la guerra fueron *quinientos treinta y cinco mil pesos*; y no teniendo de la tesorería del Rey más que doscientos mil, con lo que salió de la plaza, y el situado que venía en el *Filipino*, tomó los trescientos treinta y cinco mil restantes al vecindario de Manila que contribuyó á ello gustoso, pues por este medio consiguió defender el partido de España y el que permaneciese en las islas el nombre de su soberano.

Como prueba de ello se reunieron las Juntas de ciudad y comercio é inmediatamente mandaron hacer este donativo al Rey, sin haber habido más inconveniente que lo relativo á algunas obras pías que por tratarse de fundaciones de últimas voluntades, previa consulta con hombres doctos y peritos en esta clase de asuntos, acordaron no poder disponer en favor del Rey de estos fondos por la causa dicha.

El Oidor Anda llevó una perfecta administración de estos caudales, nivelando

en lo posible los presupuestos de guerra para que excediesen muy poco de los de tiempo de paz, dejando, al hacer esto, en almacenes, pertrechos de guerra, pólvora y otras cosas servibles, más de ciento veinte mil pesos, los cuales hay que descontarlos del total gastado; y procediendo del modo que procedió se hizo en aquel tiempo público y notorio que el Oidor Anda, el héroe y leal vasallo de S. M. Católica, quedó empeñado y con la necesidad de pedir algunos fondos á cuenta de sus sueldos para poder mantenerse.

Gran ejemplo de patriotismo, digno de ser imitado. Compréndase hasta dónde puede llegar una fuerte voluntad secundada por leales y valientes.

Torre de Alfranca 14 de Agosto de 1897.

FIN

